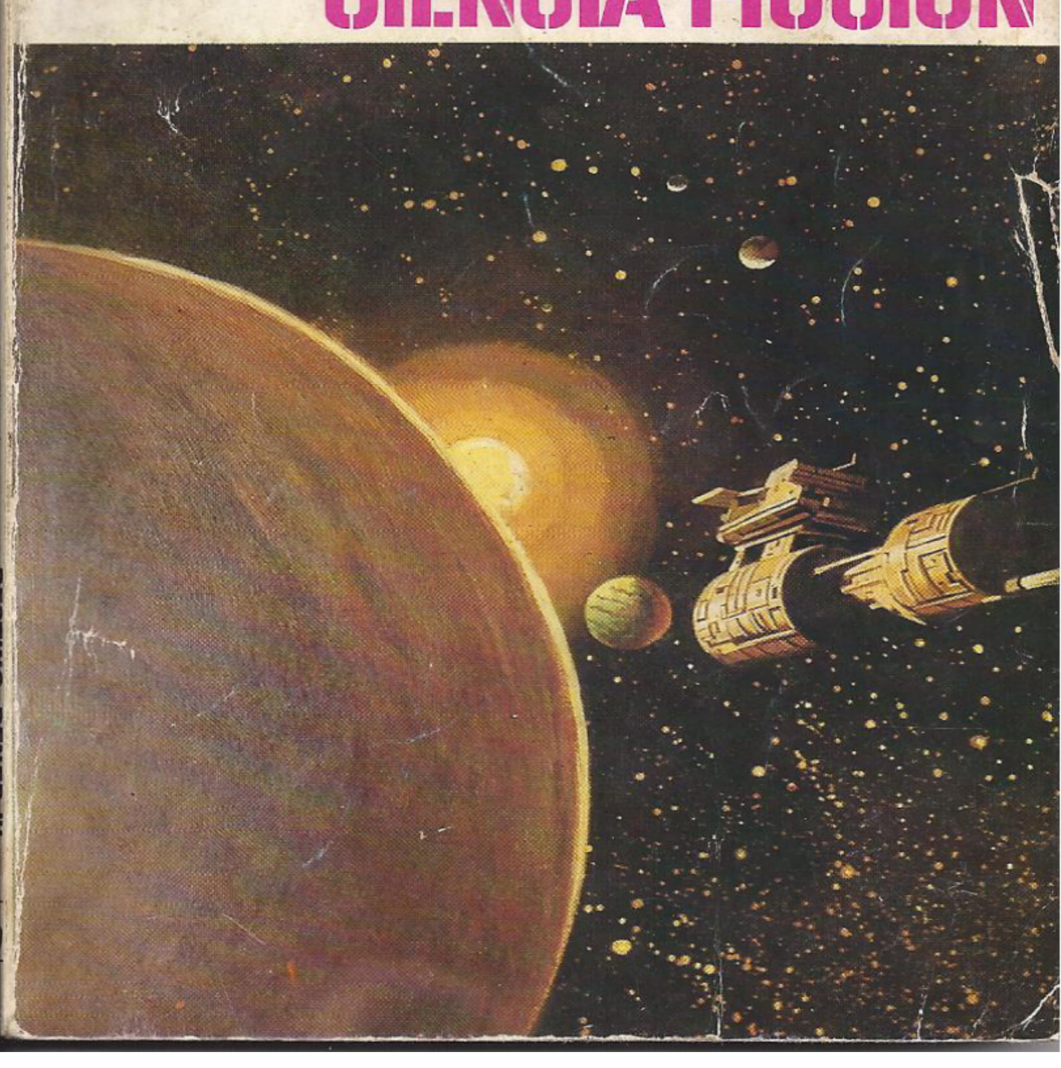
La conquista del ESPACIO

DESTINO: DENEB IV

A. Thorkent

CIENCIA FICCION




La conquista del
ESPACIO

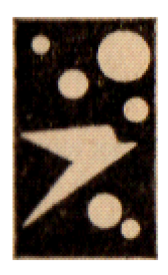
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

518 - La amenaza del décimo planeta - *A. Thorkent*
519 - Planeta sin ley - *Ralph Barby*
520 - Intriga galáctica - *A. Thorkent*
521 - El hombre que vendió la Tierra, *Clark Carrados*
522 - Astor el Cruel – *Joseph Berna*

A. THORKENT

DESTINO: DENEB-IV

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 523
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 19.939 - 1980

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: agosto, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

Soy un hombre del siglo XXI por cuestión de minutos. Creo que no fueron más de diez. Más o menos nací a las 0.10 del 1o de enero de 2001. Aún debían estar en el aire el tañido de las doce campanadas cuando lancé el primer llanto.

Dos meses más tarde, según supe varios años después obviamente, la primera nave terrestre, partiendo desde Ganímedes, alcanzó Alfa del Centauro. Dio comienzo la conquista estelar.

El hombre podía abandonar los ya reducidos confines del Sistema Solar gracias a la impulsión superlumínica Reskof y superar el inconveniente de la teoría einsteniana sobre la relatividad con el uso del estabilizador temporal Gardin.

Fue un golpe de suerte que la humanidad dispusiese de ambos descubrimientos justamente cuando la tensión política estaba a punto de iniciar una guerra planetaria.

En Alfa del Centauro se colonizó un planeta que si no era una copia exacta a la superpoblada Tierra, al menos permitió enviar a unos millones de ilusionados colonos. Y de Centauro se partió a las estrellas más próximas.

Cuando cumplí veinte años, los terrestres, como se denominaba a cualquier se nacido en la Tierra o las colonias del Sistema Solar, prescindiendo de nacionalidades absurdas, habitaban en veinte mundos tipo Tierra, terraformados o en camino de serlo.

Todo sucedía rápidamente, de forma vertiginosa. Cuando ingresé en la academia espacial el año siguiente había perdido el control del número exacto de expediciones enviadas al espacio estelar con el único fin de descubrir nuevos planetas asequibles a la raza humana.

Los negocios prosperaban en todos los órdenes y el hambre desapareció en las regiones más pobres de la Tierra. La población se estabilizó gracias a la emigración y al alto en la escalada de nacimientos. Todo marchaba sobre ruedas y los oscuros motivos que impulsaron las guerras entre las naciones en la Tierra dejaron de existir.

Había sitio para todo el mundo y las materias primas sobraban. Gigantescas naves trasladaban a cincuenta mundos las mercancías que sobraban en unos y faltaban en otros. Los costos no eran prohibitivos para semejante comercio. Si algo faltaba eran gentes preparadas para tripular las numerosas naves estelares, comerciales y cargueros.

Yo sólo había estado en la Luna y los satélites de Júpiter, antes de obtener el ingreso en la academia, pero mi ambición eran los viajes estelares. Después de tres intensos años de estudio obtuve mi título y

antes que saliera del edificio ya tenía un trabajo.

El medio centenar de mundos colonizados por la Tierra había pasado a más de cien durante los tres años de estudios. ¡Dios, cómo corrían los acontecimientos! El avance de la exploración galáctica era incontenible. Empecé a temer que iba a llegar tarde, lo cual era una absurda idea porque con el conjunto Reskof-Gardin cualquier punto de la galaxia podía ser alcanzado. El problema era que no había suficientes naves de exploración ni tripulaciones cualificadas.

Reconozco que mi ilusión era acceder a una de esas naves que partían hacia tal o cual estrella con la esperanza de añadir un nuevo mundo tipo Tierra a la lista ya numerosa. Claro que para encontrar tal cosa era preciso antes llevarse docenas de desengaños. Por cada planeta adecuado a la vida humana se desechaban más de veinte, aunque algunos de éstos pudieran ser explotados por compañías mineras previa instalación de cómodas cúpulas herméticas para los operarios e ingenieros.

Pero un novato como yo no podría esperar en seguida subir a bordo de una nave de exploración. Antes tenía que disponer de un historial convincente. Una exploración galáctica es cara y cada miembro que la componga debe tener cualidades especiales muy probadas.

Así que no tuve otra alternativa que aceptar el puesto de quinto oficial en una nave de pasajeros que cubría la línea entre Altair y Castor III. Dos meses más tarde pasé a tercer oficial de un carguero gigante de la compañía Cíclope Inc. El sueldo era mejor y las esperanzas de ascensos más claras.

Mientras transportaba millones de toneladas de minerales raros a la Tierra, desde los mundos de Aldebaran escribí varias solicitudes al organismo mundial que revisaba las expediciones privadas de exploración galáctica.

Mis vacaciones siempre las pasaba en la Tierra, que para mí seguía siendo el más hermoso planeta del Universo. Claro que aún no los había visto todos —a los colonizados, me refiero—, pero la vieja Tierra seguía teniendo un encanto especial. Y las chicas allí abundaban más que en las colonias y se volvían locas por un oficial con rutilante uniforme.

Bueno, las mujeres no escaseaban en las tripulaciones, pero éstas siempre estaban ocupadas por los más veteranos y difícilmente eran accesibles para un novato, como yo era considerado aún. Y abundaban las lesbianas, que parecían encontrar un extraño placer en sus relaciones en el espacio.

Tuve una buena amiga durante tres meses, hasta que la trasladaron a otra línea. Me sentí solo y sólo podía consolarme cuando tocábamos un puerto estelar decente, con población alegre y

chicas dispuestas a todo.

Claro que también había comunidades que habían llevado desde la Tierra las más espartanas normas. Su moralidad resultaba deprimente para quien buscase sexo, vino y bailes. Por fortuna, hablo por mí, no abundaban.

La compañía Cíclope adquirió una serie de transportes último modelo, que podían cargar con quinientos millones de toneladas de mineral. Fue un gran esfuerzo económico y nos pidió a las tripulaciones que debíamos trabajar más duro para conseguir su amortización antes que los bancos se echasen encima demandando sus préstamos.

Me destinaron a la *Medea.* Era una nave de dos kilómetros de larga, compuesta por veinte módulos de cien metros cada uno. Viajaban todos unidos, pero cuando llegaban a su planeta de destino cada cual usaba su sistema propulsor para aterrizar, mientras la unidad principal permanecía en órbita. Terminada la descarga, los módulos despegaban y se acoplaban de nuevo al módulo madre, formando una sola nave otra vez,

Pero lo más sorprendente era que con sólo diez personas podía manejarse semejante monstruo, ya que los módulos, al independizarse, eran conducidos a la superficie por control remoto. La cuestión era ahorrar gastos a toda costa y seguro que lo estaban consiguiendo.

Realicé tres viajes con la *Medea* y me gustó la nave. Me sentía a gusto en ella. Recogíamos en Allagator el mineral y volvíamos a la Tierra. El viaje duraba un mes. Dos semanas de descanso en las alegres ciudades de la Tierra, gastando a manos llenas el dinero fácilmente ganado en el espacio y otra vez rumbo al planeta minero.

Nos dijeron que íbamos a cambiar de destino, que iríamos a un nuevo mundo minero situado a veinte años luz de la Tierra. No conseguí saber su nombre porque súbitamente la orden quedó en suspenso y nos dijeron que debíamos permanecer en la constelación de Lira, en Vega II.

Nuestro comandante recibió una nota y se despidió de nosotros. La dirección de la compañía le relevaba inesperadamente. Era un buen tipo y yo, como segundo oficial, había aprendido mucho de él.

—He conseguido que siga usted como segundo de a bordo, señor Cohén —me dijo el día de la despedida—. Espero que el nuevo jefe le resulte más simpático que yo.

Me apresuré a decir que lamentaba mucho su marcha, pero el comandante Richardson sonrió levemente. Terminó de cerrar sus maletas, llamó al ayudante para que las cargara en el transbordador y me estrechó la mano. Dijo antes de marcharse:

—Llegarán nuevos tripulantes, que usted recibirá. Quiero que esté

todo dispuesto cuando el comandante Jerome Gadury se haga cargo de este carguero.

Me disgusta el cambio de compañeros, sobre todo cuando ya había hecho amistades con los antiguos. Al quedarme solo en el despacho tomé la lista y me alegré un poco cuando leí el nombre de Sandra Nelson entre los que permanecían. Además seguían Adriana Calicó, Tarizzo y Roekel. Exactamente era relevada la mitad de la tripulación.

A veces no logro comprender los extraños designios de los consejos de administración de las grandes compañías.

El módulo alfa, como denominábamos a la sección principal de la *Medea,* pareció más vacío los días siguientes. Cinco personas en un lugar tan enorme sólo tienen ocasión de verse a las horas de las comidas.

Y la testaruda Sandra seguía siendo tan inaccesible a mis insinuaciones como el primer día, hacía ya un mes, en que embarcó como tercer oficial en la nave.

Sandra era muy atractiva, pero no parecía tener el menor interés en visitar el camarote de ningún hombre o recibir ella a otra persona en el suyo.

Cuando comprendí que perdía el tiempo con Sandra volví a frecuentar la compañía de Adriana, una morena pequeña, pero toda curvas y muy ansiosa. Claro que el defecto de Adriana era que, se cansaba pronto de uno y en seguida deseaba cambiar de compañero. Uno tenía que conformarse cuando otro era su elegido.

Al principio creí que Sandra prefería la compañía de Tarizzo o Roekel, pero más tarde éstos me confesaron que la chica resultaba demasiado fría y los había rechazado a todos.

Seguíamos describiendo órbitas alrededor de Vega II, esperando.

Me encontraba verificando unos datos en el puente cuando entró Sandra. Me quedé sin respiración. La cálida temperatura del módulo Alfa nos permitía ir muy ligeros de ropas, pero ella aquel día parecía haberla echado toda la que componía su guardarropa a la máquina de lavado. La pequeña braga al menos no era transparente, pero sí la blusa anudada a la cintura.

—Hola, Ab —dijo al entrar. Solía llamarme así en lugar de Abel—. El nuevo jefe subirá dentro de dos horas. Me han llamado desde la torre para comunicármelo. También llegarán con él los demás. ¿Quieres conocer sus nombres?

Asentí, sin dejar de mirarla.

—Dora Trevas, Rose Pfau, Sidky Rabie y Paul Pollard. Todos tienen más de tres años de navegación, excepto el tal Sidky.

—Vaya. Dos chicas más —dije mirándola fijamente, esperando con curiosidad cuál iba a ser su reacción.

Es que en más de una ocasión había pensado si ella era lesbiana,

lo cual no había podido demostrar porque la única otra mujer hasta entonces en la dotación de la *Medea* solía ponerse nerviosa cuando veía unos pantalones.

—Están cubriendo la falta de personal —replicó, sentándose a unos metros de mí, delante de una reluciente consola.

La miré mientras tabulaba en el ordenador el historial de los nuevos tripulantes. Cuando tomó la tarjeta del comandante soltó una exclamación de asombro.

—Ab, el nuevo jefe no tiene experiencia alguna con cargueros.

Alcé una ceja.

—¿Qué quieres decir?

—Que se trata de un tipo caprichoso, al parecer. Es un accionista de la compañía, que durante años se dedicó a recorrer el espacio en una de esas naves unipersonales, hechas a medida para ermitaños o locos.

—Un solitario, ¿no?

—Está forrado de dinero, el muy puerco. ¿Por qué quiere mandar un sucio carguero cuando puede disponer de elegantes naves?

Cerré los ojos un instante. Suelo leer muchos informes redactados por la Comisión Estelar que recogen noticias de exploraciones y nuevos mundos descubiertos. El nombre de Jerome Gadury no me decía nada. Si aquel tipo se había gastado una fortuna y varios años de su vida en buscar la gloria de ser el descubridor de un mundo nuevo, y además en solitario, de nada le había valido. Al menos su nombre no venía en la lista de los afortunados.

Sandra estaba formulando una pregunta al computador. Miré con curiosidad la respuesta. Ella había solicitado informes de Gadury. La pantalla brilló y las letras luminosas que aparecieron eran concisas: SE CARECEN DE LOS DATOS SOLICITADOS.

—Esto no es posible —masculló Sandra.

Me levanté y acerqué a ella. Al inclinarme sentí el contacto de sus largos cabellos castaños, suaves y cálidos. También percibí su perfume y me sentí embriagado de su personalidad. Mis manos se movieron temblorosas e intenté aplacar mis deseos de tomarla por los hombros, darle la vuelta y... Bueno, la habría besado primero y luego todo lo demás.

—Estoy de acuerdo contigo, preciosa —dije, no pudiendo evitar pensar en el comandante y olvidarme por un instante de aquel cuerpo que tenía tan cerca—. Nuestros bancos de memoria disponen del historial del 99% de los navegantes espaciales registrados.

Ella arrugó su lindo ceño.

—Bueno, es posible que no lo tengamos si tenemos en cuenta que hasta hace poco sólo se ha dedicado a la navegación de los navegantes solitarios.

Miré la tarjeta, en la que ella había transcrito los escuetos datos dados desde la torre de control del astropuerto de Vega II.

Leí que el comandante Jerome Gadury era miembro del consejo de administración de la compañía Cíclope, navegante civil titulado y con experiencia de vuelos solitarios a lo largo de diez años. Pero no se decía nada de sus logros, si es que había tenido alguno.

—Bueno, no existe mucha diferencia entre una nave de mil toneladas y ésta —sonreí.

—No es lo mismo —replicó ella, un poco enfadada. Había terminado de inscribir a la tripulación como exigían las normas y salió del puente.

Lo hizo un poco precipitadamente y el nudo de la blusa transparente se deshizo, ésta flotó y le aprecié su linda espalda.

Resoplé y me senté de un golpe en el sillón. Necesité un gran esfuerzo para lograr concentrarme de nuevo en mi trabajo.

Dos horas más tarde llegó el aviso de la aproximación del transbordador. Lo dispuse todo y luego corrí hacia la sala de recepción. Allí ya estaban los demás. Nos miramos todos y yo me encogí de hombros.

Eché una mirada a Sandra. Se había vestido con el uniforme y seguía estando tan bonita. Le sonreí y ella me replicó en silencio con una mirada hueca.

Por la pantalla observamos que en la cámara entraban cinco personas. Cada una llevaba una ligera valija. Por otro conducto estarían entrando en la *Medea* el equipaje más pesado. Escuchamos el sonido producido por el transbordador, al despegarse del casco del módulo Alfa.

La compuerta se deslizó a un lado entró primero el comandante Gadury. Llevaba un uniforme recién estrenado, hecho a medida. Sus galones brillaban en oro pálido y portaba la gorra bajo el brazo de forma indolente. Era un hombre alto, muy delgado y moreno. Sus pobladas cejas cubrían unos ojos huidizos, negros como el carbón.

Nos miró uno por uno. Esperó que los otros cuatro tripulantes saliesen de la cámara. Yo les estudié. Las dos mujeres eran vulgares, de escasa belleza. Sidky Rabie sonrió con su enorme boca y nos saludó con movimientos de cabeza. Paul Pollard era un rubio enorme, un atleta, que nos observó despectivamente.

Desde aquel momento sentí antipatía por él. Pollard era un engreído, un enamorado de sí mismo, me dije después de estrecharle la mano, una mano grande y suave, muy cuidada.

El comandante pidió a Tarizzo que ayudase a los cuatro tripulantes a instalarse en sus camarotes. Luego me miró primero a mí y después a Sandra.

—Ustedes son los oficiales, según aprecio.

Asentí en silencio y Sandra dijo:

—Sí, señor. El señor Cohén y yo somos los segundos y tercer oficial.

—Sí, es lógico. Me dijeron que una mujer compartiría conmigo el puente —asintió Gadury—, Quiero hablarles inmediatamente en mi despacho. Por supuesto, cuando me indiquen dónde está.

—Le conduciremos a él, señor —dije.

—¿Partiremos pronto, señor? —preguntó Sandra mientras nos deslizamos por la sección en movimiento del pasillo.

—Antes de veinte horas, tan pronto como los nuevos tripulantes conozcan un poco esta nave —'replicó.

Dios, pensé. ¡Tantas horas rondando sobre Vega II, muriéndonos de aburrimiento, sin dejarnos bajar a la ciudad y ahora llegaban las prisas con el nuevo jefe! Le miré de soslayo y me pregunté cuándo iba a verle sonreír. Tal vez sus músculos faciales no estaban ejercitados para la risa.

Llegamos al despacho del comandante, que durante un tiempo había ocupado yo interinamente. Rogué que no descubriese en la pulida mesa ninguna mota de polvo.

Nos sentamos alrededor de la mesa y entonces me di cuenta, que estaba realmente impaciente por saber cuál iba a ser nuestro destino.

CAPITULO II

El comandante Gadury cruzó sus largos dedos sobre la mesa, nos miró y dijo:

—Nuestra siguiente escala será Aderlah.

—Es el último puerto de aprovisionamiento… —Empecé a decir, totalmente confundido—. Ignoraba que más allá hubiese explotaciones mineras.

—Además, la nave está completa en lo que respecta a provisiones, repuestos y energía —añadió Sandra.

. —Allí recogeremos una mercancía —dijo Gadury—. Por supuesto no llenará las inmensas bodegas de la *Medea.* Son unos pequeños bultos. Luego saltaremos a nuestro destino definitivo.

—¿Qué destino es ése, señor? —pregunté.

Me lanzó una mirada fría.

—Por el momento es secreto. La compañía no desea que se difunda.

Sandra y yo cambiamos una mirada, perplejos ambos.

—Nunca he viajado sin saber cuál es nuestra real misión, comandante —dijo Sandra.

—Permanecieron en la *Medea* porque me aseguraron que son buenos oficiales, que obedecen sin hacer preguntas. ¿Es que son erróneos esos datos respecto a ustedes, señores?

Pregunté:

— ¿Por ese motivo fueron cambiados cuatro de los tripulantes?

—Es posible. Tenemos delante unas quince horas para verificar toda la nave, cada sección. Después de Aderlah daremos un salto grande, tal vez el mayor conocido hasta ahora.

—¿Cuántos años luz?

Gadury replicó a la pregunta de Sandra:

—Lo sabrán a su debido tiempo —se levantó—. Ahora deseo que me lleven al puente, para familiarizarme con algunos detalles —sonrió por primera vez y su sonrisa me desagradó—. Pero no se inquieten. Soy un experto en rutas estelares. Cuidaré bien de este carguero por la cuenta que me trae como propiedad mía, al menos en una considerable parte.

*

Tuve que reconocer que Gadury era un experto navegante. Si al principio tuvo alguna indecisión y solicitó a Sandra o a mí alguna aclaración, fue debido solamente porque el puente de la *Medea*

disponía de muchísimos más elementos sofisticados que el más moderno navío de exploración personal.

Partimos a las diecinueve horas de la llegada a bordo del flamante comandante. Cuando estuvimos a cien millones de kilómetros de Vega II y a trescientos de Lira, su sol, nos sumergimos en el hiperespacio.

La simbiosis Reskof-Gardin empezó a ocuparse de todo con la colaboración del computador. Las guardias en el puente eran innecesarias. Cuando llegásemos a diez millones de kilómetros de Aderlah, seríamos alertados convenientemente y sólo entonces teníamos que vigilar el proceso automático de entrada en el espacio normal. Por supuesto no descenderíamos en el planeta. Lo orbitaríamos y a diez mil kilómetros de su superficie esperaríamos la llegada de una falúa con la mercancía que esperaba el comandante.

Los viejos tripulantes, Adriana, Tarizzo y Roekel, me escucharon en silencio cuando les contesté que no sabía adónde íbamos. Roekel puso un gesto agrio y comentó:

—¿Una exploración? ¿Desde cuándo se realiza una exploración con un carguero semejante?

Tarizzo movió las manos, oponiéndose a su sugerencia;

—Nada de eso, amigo. Seguro que la compañía está explotando en secreto un planeta y allí nos esperan millones de toneladas de algo raro y valioso. Desde que se adquirieron estos mastodontes del espacio siempre pensé que algo grande estaban fraguando los dirigentes de la Cíclope. Una maniobra económica que asombrará a todos.

Vi que Sandra movía negativamente su cabeza. No la había escuchado entrar.

—No divaguemos inútilmente, amigos —dijo—. La cuestión es que debemos revisar nuestros contratos y comprobar si estamos obligados a viajar a un punto que no se nos ha comunicado previamente.

Les dejé discutiendo sobre puntos salariales, un poco cansado. Salí del comedor del primer nivel y entré en la sala de juegos. En un rincón vi a las dos mujeres. Recordé sus nombres: Rose y Dora. Estaban muy juntas y dialogaban en voz baja. Por un momento estuve a punto de acercarme a ellas. Aunque no resultaban muy atractivas, de todas formas debía estimarlas como compañeras con las que debía compartir muchas jornadas.

Pase delante de ellas, las saludé, con una inclinación de cabeza y apenas me miraron. Tenían sus camarotes juntos porque así lo habían deseado. Empecé a entrar en sospechas.

En el gimnasio estaba Paul Pollard. Soltó sus pesas al verme y agitó una mano, saludándome. Me sonrió y me acerqué a él.

Aquel condenado era un fanático de la cultura física, evidentemente. Calculé que su cerebro no estaría en consonancia con

sus músculos. Actuaba como un chiquillo que siempre esperaba halagos respecto a su figura y estupenda forma.

—No está esto muy concurrido —me dijo en plan de queja.

Eché un vistazo a los solitarios aparatos.

—Al menos usted le quitará el polvo y los tendrá engrasados —dije.

—¿Sabe que mi primer vuelo fue en un viejo trasto que apenas partimos tuvo una avería en sus giróscopos y estuvimos dos semanas sin gravedad? —movió la cabeza como queriendo olvidar aquel incidente—. Fue horrible. ¡Dos semanas perdidas! Tardé en recuperarme, ¿sabe?

—Me lo imagino. Por cierto, Paul, ¿sabe usted adónde vamos?

El volvió a tomar sus pesas y después de elevarlas un par de veces, replicó:

—Ni idea, Abel, ¿Qué importa eso? Esto es un hotel de lujo comparado con los cacharros donde he viajado hasta ahora.

—La compañía no tiene trastos viejos —protesté.

—Es que no era la Cíclope. Yo he trabajado para otras líneas. Este es mi primer trabajo en la Cíclope.

Le saludé con la mano y salí del gimnasio. En la puerta vi que Paul desechaba las pesas y tomaba otras más grandes. Prometí no enfadarme con él nunca.

Sidky no estaba por ninguna parte, al menos en las dependencias de uso común. Quería ir conociendo a los nuevos compañeros y le busqué en su camarote. Me atreví a abrir la puerta, tan seguro estaba de que iba a hallarle allí. Pero el cuarto estaba vacío. Me sentí conturbado y estaba apresurándome a marcharme, cuando me fijé que sobre la cama tenía una de sus maletas abierta. No pude resistir la curiosidad y atisbé al interior. Vi ropas, algunos objetos corrientes y una cajita negra, que tomé y abrí. Me quedé un poco sorprendido. Dentro había unos dispositivos para inyectar drogas. ¿Sidky un drogadicto de peligrosos compuestos y no de los legalmente autorizados?

Miré las agujas y luego las olí. Torcí el gesto. Conocía el olor de ácido venusiano, la más mortal de las drogas sintéticas y prohibidas en todos los planetas.

Salí del camarote después de dejarlo todo en su sitio. Por el pasillo me preguntaba cómo era posible que un hombre con la supuesta tendencia al ácido venusiano hubiera pasado el control sanitario de la compañía.

Algunas veces he tomado hierbas y estimulantes controlados, pero nada más. Sabía que el ácido venusiano, acortaba considerablemente la vida a quien caía en sus redes. No más de cinco años de plazo se le daba a un irrecuperable.

Pero lo increíble era que Sidky Rabie hubiera sido admitido como navegante en la compañía. Un drogadicto de tal magnitud era más fácil de identificar que un elefante en una perrera de pekineses.

Apenas doblé la siguiente esquina, casi me doy de bruces con Sidky. Por cuestión de segundos no me había sorprendido en su camarote espiando en sus pertenencias. Hubiera sido una situación desagradable, ya que para justificar mi presencia allí y evitar una sanción habría tenido que presentar al comandante la cajita con las drogas e inyectables.

Le saludé y él me respondió fríamente. Ya no era el hombre sonriente que embarcó. Sus momentos de euforia debían estar en consonancia con las dosis que se suministraba.

Le vi alejarse, tal vez dirigirse a su camarote. ¿A por una dosis? Me marché caminando apresuradamente, preguntándome si debía comunicar el hecho al comandante. Mi deber era hacerlo así. Sidky debía ser desembarcado en la primera escala, en este caso en Aderlah.

Pero antes tenía que pensarlo. Debía investigar más en los antecedentes de los nuevos tripulantes. Sandra quiso saber el historial del comandante y el computador no tenía datos, pero sería muy extraño que no dispusiese nada respecto a los demás.

Solamente por boca de Pollard sabía que éste era nuevo en la compañía y que hasta entonces sólo había viajado en naves de mala muerte. ¿Quería decir eso que no era muy eficiente en su trabajo? Le iba a observar con paciencia hasta saberlo por mí mismo.

En cuanto a las chicas... Parecían muy extrañas y aparentaban ser viejas amigas. ¿De dónde venían y qué cargos habían ocupado antes?

Resultaban poco femeninas y no me iba a sorprender más adelante, si luego supiéramos los veteranos de la *Medea* que su amistad era demasiado íntima.

De todas formas debía a alguien lo que había descubierto de Sidky. Un adicto al acive —contracción del ácido venusiano— podía ser un peligro a bordo. Y eso tenía que resolverlo antes que llegásemos a Aderlah.

Aquella noche no descansé bien, me desperté varias veces y al final tuve que tomarme una píldora para dormir.

Me levanté mal, ingerí un par de estimulantes que mastiqué mientras me duchaba.

Era tarde y pasé por el puente sin tomar el desayuno. Gadury ya estaba allí, y aunque no me dijo nada, le vi consultar la hora disimuladamente. Yo había llegado unos minutos tarde. Hubiera preferido que me lo hubiera indicado.

El trabajo fue rutinario y de nuevo dejó el control del carguero en manos del computador. Gadury selló el puente, hasta la nueva revisión. Entonces fui al comedor, que estaba solo, y me dispuse el

desayuno.

Sostenía entre mis manos una taza de café, cuando entró Adriana. Tenía los ojos enrojecidos y bostezó varias veces. Se preparó café negro y se sentó frente a mí. Me miró fijamente y sonrió torvamente.

Me pregunté si ella había pasado una agitada noche. ¿Tarizzo o Roekel? Pensé que tal vez el giro de sus preferencias de nuevo podía volver hacia mis encantos. Pero Adriana era imprevisible.

—Te veo preocupado, cariño —me dijo después de sorber un poco de café.

—Lo estoy —admitió.

—Cuéntame tus penas. ¿Otra negativa de ese témpano de Sandra?

Solté un gruñido. Tarizzo y Roekel habían desistido hacia tiempo con Sandra. Tenían de sobra con Adriana, quizá. Y los dos no parecían ser muy exigentes con las mujeres. Y la Calicó parecía sentir cierta complacencia en refregarme por las narices que yo debía olvidarme de Adriana y pensar sólo en ella, aguardar que me invitase a su camarote.

La vida en un carguero puede ser agradable si uno se toma las cosas tal como se van presentando. Lo peor es enfadarse y enemistarse con alguien. Entonces la convivencia se transforma en un infierno y lo más aconsejable es solicitar el traslado.

Sandra era la más joven del reducido grupo de cinco veteranos que tenía la *Medea,* aunque llamarnos veteranos podía ser un atrevimiento, teniendo en cuenta el poco tiempo que llevaba el carguero de servicio.

Creo que Sandra apenas llevaba unas semanas con nosotros, tal vez menos de cinco, pero eran suficientes días para que pareciera que llevaba toda una vida a bordo. El frecuente contacto, pese a las grandes dimensiones del módulo Alfa, hacía que los tripulantes, a no ser que fuesen excesivamente introvertidos, se conociesen, con profundidad los unos a los otros.

—No puede haber negativa cuando no ha existido una solicitud —repliqué airado, y en seguida recapacité que había tardado demasiado tiempo en contestar.

Adriana alzó las cejas y volvió a sonreír, pero esta vez con más intensidad.

—Vamos, Abel; tú siempre me has agradado. Esta noche no, porque tengo guardia de mantenimiento. ¿Te parece bien mañana?

—Entonces estaremos muy ocupados descendiendo sobre el área de aparcamiento en Aderlah —repliqué para no dar directamente una respuesta negativa.

—Quiero decir en cualquier momento, no precisamente cuando se oscurezcan las luces y todo el mundo duerma —dejó la taza sobre el plato y encendió un cigarrillo. Pronto el aromático humo llenó el

pequeño comedor.

La observé. Adriana era una mujer inteligente, no cabía duda. ¿Debía decirle a ella lo que había descubierto de Sidky Rabie? Quería que alguien más lo supiera y me aconsejara.

En seguida me dije que no. Yo era el siguiente en el mando después del comandante y no era correcto que solicitase a un tripulante consejo de algo, que debía decidir por mí mismo. Adriana no me atraía para ser receptora de mis confidencias.

Volví a pensar en Sandra. Era una chica serena y equilibrada. Además, oficial como yo. Sí, sería lo correcto, decidí.

Me levanté y saludé a Adriana, despidiéndome de ella precipitadamente.

Busqué a Sandra por todas partes, incluso la llamé por el comunicador a su camarote. Encontré a Tarizzo visionando una película y me replicó, molesto por la interrupción, que la había visto dirigirse al solárium.

La encontré tumbada sobre la arena artificial, con unas gafas de sol como único vestido. Debió escuchar mis pasos, porque se movió un poco y contrajo los músculos de la cara mostrando contrariedad.

—Estás muy vestido para tomar el sol —dijo intentando relajarse de nuevo.

Me senté a su lado y tomé un puñado de arena, que dejé escapar entre los dedos. Procuré no mirarla muy fijamente.

—Tengo que hacerte una confidencia.

Ella no se movió. ¿Qué estaría pensando? ¿Qué otra vez iba a sugerirle que tenía en mi camarote algo que deseaba mostrarle?

—Te escucho —dijo tranquilamente, como si no esperase una propuesta para hacer el amor.

—¿Qué pensarías de alguien perteneciente a la tripulación si fuera un adicto de acive?

Sandra se encogió de hombros, indicándome así que debía ser más explícito,

—He descubierto que alguien a bordo consume ácido de Venus. Pienso que debería dar parte al comandante. Quiero tu consejo, Sandra.

Me sentí un poco ridículo, temiendo que ella soltase una carcajada y a continuación me respondiese que era asunto mío, que para eso era el oficial superior a ella.

Pero me contestó:

—Si se trata de Sidky, olvida proponer que sea desembarcado en Aderlah.

Sufrí un sobresalto.

—¿Por qué? No te comprendo...

—Tendrías que notificar al comandante, ¿no?

—Por supuesto…

—Sidky y Gadury son grandes amigos. El comandante no lo expulsaría. Estoy segura.

Me quedé anonadado.

CAPITULO III

Sandra me aseguró que los había visto conversar quedamente. Y por la forma que Sidky se expresaba no parecía importarle mucho la condición del carguero de Gadury. El navegante era el único que levantaba la voz a veces, mientras que Gadury se limitaba a protestar y asentía de vez en cuando a las manifestaciones del pequeño hombre.

—¿Qué decía? —pregunté.

—No les escuché bien. Estaban lejos y no me atreví a moverme porque podían haberse dado cuenta que permanecí al otro lado de la puerta adrede. ¿Hubiera sido violento, no?

Asentí y decidí tocar otro tema.

—Tú conoces bien la letra pequeña de nuestros contratos con la compañía. ¿Qué dice respecto a los vuelos sin destino previo?

—Nada. Creo que podremos exigir un tanto por ciento sobre el salario, pero nada más.

—Había pensado solicitar una confirmación de los jefes, una vez en Aderlah.

—Sí, yo también lo había pensado, pero está fuera de nuestros derechos.

—Habrá alguna salida, creo.

—Claro. Presentar la dimisión.

—Eso significaría el ostracismo por muchos años; nadie querría darnos trabajo, pese a la escasez de navegantes.

Se levantó, se limpió la arena pegada a su cuerpo y se marchó.

Por supuesto yo la seguí, admirando su figura. Lucía ya un bronceado estupendo y el movimiento de sus nalgas al caminar me hizo hervir la sangre. Traté de pensar en Adriana y sus sugerencias, pero en aquel momento nada podía sustituir mi deseo hacia Sandra.

Dediqué las siguientes horas en espiar con gran disimulo los movimientos de Sidky, esperando que éste mantuviera una nueva entrevista con el comandante. Pero no tuve éxito.

Así, seguí cavilando y sopesando las ventajas e inconvenientes de cumplir con lo que sabía era mi deber. Repasé las normas y éstas eran claras. Un drogadicto de estimulantes prohibidos no podía navegar en ninguna nave comercial. Sidky debía ser expulsado, pero el proceso debía comenzar poniendo al corriente a Gadury, y según Sandra, éste no iba a poner al menudo personaje al otro lado de la esclusa.

Sandra sólo había asistido a una conversación de la cual-no sacó nada en claro respecto a su contenido. Sólo afirmaba una supuesta amistad, basándose en la familiaridad con que Sidky trataba al

máximo responsable del carguero. Pero parecía estar muy segura.

Al día siguiente tomamos una órbita sobre Aderlah y tuvimos mucho trabajo. Sidky parecía muy sereno, trabajó con eficacia y él fue el responsable de la entrada de ciertos bultos, que llevó hasta la *Medea* un transbordador lanzado desde la superficie del planeta.

La mercancía fue colocada en una estancia del nivel inferior y el comandante se guardó la llave. Sostuvo una breve conversación con el jefe del astropuerto de Aderlah y nos anunció que partiríamos en seguida, lo cual nos cogió de sorpresa.

Ya era tarde para exponerle el caso Sidky, me mordí la lengua y colaboré para alejarnos de Aderlah.

Creo que permanecí como atontado durante las siguientes horas, sólo pendiente de la programación en el puente. Pero la ruta definitiva la trazó el comandante, suministrando los datos al computador. No pude descubrir nada. Ni creo que tampoco Sandra obtuviera algún dato revelador, estando ella situada a la derecha del comandante.

Cuando de nuevo entramos en el hiperespacio, con rumbo inexorable a nuestro desconocido destino, estoicamente me dije que pronto saldríamos de dudas. Era imposible dar marcha atrás y teníamos que enfrentarnos a nuestro destino.

Cuando una semana más tarde de avanzar a velocidad superlumínica por el no espacio y manteniéndonos en nuestro plano temporal gracias al estabilizador Gardin, cierto desaliento cundió, curiosamente, entre el grupo de veteranos. No podía afirmar si yo era el más nervioso.

La cuestión era que nunca habíamos permanecido tanto tiempo en el hiperespacio. Nuestro destino estaba mucho más allá de cualquier punto hasta ahora alcanzado por el hombre en su expansión estelar.

Permanecía tumbado sobre mi litera, con la mirada fija en la pequeña mancha en el metal del techo cuando la puerta se abrió y entró Sandra. Salté y me senté en el borde del lecho, mirándola estupefacto.

—Sandra, ¿qué haces aquí?

La pregunta era estúpida, obviamente. De no haber visto el rostro alterado de ella, tal vez la bienvenida habría sido otra y mis pensamientos hubiesen declinado hacia planos eróticos.

—He estado haciendo cálculos, Ab —me dijo ella.

Tomó un asiento de debajo de la mesa y se sentó frente a mí. La vi mover los dedos nerviosamente.

—¿A qué has llegado?

—Actualmente estamos a mil años luz, aproximadamente, de la Tierra.

Cuando una nave estaba en el espacio estelar, siempre se decía

que estaba a tantos años luz de la Tierra, aunque hubiese partido desde Altair. Era una costumbre que seguía manteniendo el planeta madre como falso centro de la galaxia.

—Y seguimos adelante —dije.

—Sí. Esto no me gusta, Ab.

—¿Se lo has dicho a alguien más? —inquirí.

—No. Pero Tarizzo y Adriana estaban hablando de eso. Ellos no pueden calcular que estamos tan lejos, pero están alarmados. Roekel anda desde hace dos días nervioso e irritable.

—¿Y los nuevos?

—Tranquilos. Parece no sorprenderles que desde hace doscientos años luz hemos batido el récord de distancia. Ni siquiera las naves exploradoras se han atrevido a ir tan lejos.

Entorné los ojos. Sandra debió hacer profundos cálculos para estimar en nuestra distancia a la Tierra en un millar de años luz. Sin disponer del computador —y estaba seguro que no lo había usado— era harto difícil llegar a tal conclusión.

—Entonces ellos sabían desde que embarcaron adónde vamos.

Sandra no parecía estar tan de acuerdo con mi idea.

—Pueden saber que el viaje será largo, pero no tienen porque conocer con exactitud nuestro destino.

—¿Y Sidky? Ese tipo me da escalofríos...

—Ayer le vi entrar en el puente con Gadury.

—No es posible —susurré, como si temiera que alguien pudiera escucharnos—. No se puede entrar en el puente fuera de las horas de revisión rutinaria. ¿Por qué ha de entrar allí un simple navegante, aunque le acompañe el jefe de la nave?

—Ojalá lo supiéramos.

—Y luego están esas misteriosas cajas que embarcó en Aderlah —dije pensativo—. ¿Es rentable efectuar una escala para subir a bordo unas cajas? El costo es enorme.

—Todo el itinerario queda debidamente registrado en el computador. Y ni siquiera el comandante puede alterarlo. Me gustaría conocer el contenido de las cajas.

Y me miró, como si yo pudiera saberlo.

Moví la cabeza apresuradamente, evitando que ella me hiciera una propuesta que no iba a gustarme.

—Ni pensarlo, encanto. Gadury se guardó la llave codificadora.

—En esas cajas puede estar la clave de este misterioso viaje, Ab. Podríamos conseguirla y echar un vistazo.

La miré sorprendido. ¿A qué venía ese súbito interés en Sandra?

—No creo que tardemos más de cinco o diez días en salir de dudas.

—¿Cuando estemos sobre nuestro destino? —me preguntó

desdeñosa.

—Exactamente.

Se volvió y dijo antes de dejarme solo en el camarote:

—Entonces puede ser tarde.

Gruñí algo entre dientes, me eché en la cama y puse las manos debajo de la cabeza. Si el comandante de la nave queda mantener en secreto el contenido de las cajas, allá él. ¿Es que Sandra olvidaba que también poseía un buen paquete de acciones de la compañía? ¿Cómo podíamos arriesgarnos a ser sorprendidos atisbando en algo que Gadury, evidentemente, no quería que viese nadie?

Negué con la cabeza y me dije en voz alta, para inculcarlo en la mente, que me había costado muchos años de estudios conseguir los galones de oficial, para tirarlo todo por la borda siguiendo los impulsos de una linda chica.

El siguiente turno de revisión en el puente me correspondía a mí. Después del desayuno, que hice en solitario, me dirigí al puente. Inscribí mi número en el controlador y penetré suavemente, escuchando los murmullos de las máquinas. La inspección apenas me entretuvo unos quince minutos, pero me senté en el sillón principal, mirando las enormes consolas y las pantallas visoras apagadas. Cuando se navega por el hiperespacio son inútiles.

Posé mi mirada en la consola del computador. Por un instante estuve tentado de preguntar por nuestro destino. Seguramente hubiera obtenido una respuesta clara, en caso de no estar en clave; pero la interrogación hubiera quedado registrada también. No resultaba un delito, pero no deseaba que el comandante me mirase torvamente y luego, a solas, incluyese en mi historial lo que podía considerarse una falta leve.

Había deseado ver a Sandra durante el desayuno. Quería comprobar si seguía muy enfadada conmigo, además de volver a cambiar impresiones con ella. La chica debía tener, sin duda, una idea fija y yo deseaba que la confiara.

Apenas escuché el chasquido de! comunicador general del carguero, por lo que la voz del comandante me sobresaltó.

—Oficial Cohén, le habla el comandante Gadury. Preséntese en mi despacho inmediatamente.

Al salir del puente me encontré con Adriana, la hallé sofocada y me miró de forma extraña. Creo que tuvo deseos de decirme algo, pero pasó de largo y la vi entrar en el puente, después de registrar su presencia allí.

Salté al ascensor y en unos segundos estuve delante de la puerta del despacho de Gadury, quien me permitió el paso después de identificarme.

Estaba sentado detrás de su mesa. Hizo girar su sillón y dejó sobre

el tablero una hoja de plástico que había estado leyendo. De reojo advertí que se traba del historial de Sandra.

—Cohén, ha sucedido algo desagradable a bordo —me dijo fríamente—. ¿Puede imaginarse el hecho?

—Por supuesto que no, señor. Estaba en el puente cuando me llamó.

—Lo sé. Por eso envié allí a Calicó.

—No era preciso. Tenía terminada la revisión.

—Es igual. Deseaba verle inmediatamente —se echó para atrás y entornó los ojos para volverme a mirar.

Esperé estoicamente que me hablase.

—Sucedió hace una hora, Cohén -—siguió diciendo Gadury—. Por un momento pensé que no actuaba sola, pero he comprobado que toda la tripulación estaba en sus camarotes o en sitios lógicos, fácilmente verificables.

—Sigo sin entender nada, señor.

—Sorprendí a la oficial Nelson intentando forzar una de las cajas que embarcamos en Aderlah.

Seguramente palidecí, pero conservé la calma. ¡Maldita curiosa! Así que ella había estado haciendo por la noche lo que pocas horas antes me insinuó para que lo ejecutara yo solo o acompañándola.

—¿Por qué, señor? —pregunté. Recobré mi aplomo al mismo tiempo que mi antipatía por Gadury se incrementaba.

—El porqué tal vez carezca de importancia ante lo sucedido, Cohén. Es intolerable que una oficial espíe mercancía confiada al comandante.

—Estoy de acuerdo con usted, señor. Si ella tenía curiosidad podía haberle preguntado a usted.

Gadury me dirigió una mirada fulminante. Como esperaba, mi comentario le había molestado y yo me alegré.

—Creo que no calibra lo ocurrido.

Sí que lo pensaba, por supuesto. Pero permanecí callado. Si aquel gélido individuo había sospechado que Sandra disponía de la colaboración de alguien más a bordo, sólo tenía cuatro sospechosos, entre los que me encontraba yo. Pero yo estaba muy lejos cuando él descubrió a Sandra. Me pregunté cómo se había apoderado de la llave.

—Si pudiera desembarcaría a esa mujerzuela cuanto antes —dijo con voz ligeramente alterada—. Pero estamos muy cerca de nuestro objetivo.

Agucé los oídos.

—Me gustaría saber cuándo llegaremos, señor.

—Y también adonde, ¿no? —me preguntó con sorna.

—Desde luego.

—Admiro su franqueza, oficial. He notado cierto ambiente de tensión entre algunos miembros de la tripulación; pero decidí no darme por aludido porque pretendo que mis navegantes sean disciplinados. No estoy obligado a informar a nadie. —Y agregó remarcando cada sílaba—: Según las normas establecidas y recogidas en sus contratos.

—¿Qué medidas piensa adoptar respecto a Sandra Nelson? —pregunté.

—Ordené a Sidky Rabie que la encerrase en un habitáculo pequeño —sonrió—. Obviamente este carguero no dispone de celdas. Estará recluida todo el tiempo que permanezca en esta misión.

Torcí el ceño.

—Es ilógico, señor. Encerrarla es una actitud exagerada. Sandra no puede tener intención de escapar, ni podría hacerlo —estaba enfurecido y Gadury lo notó en seguida.

—Soy la única autoridad a bordo, oficial, y tenga presente que si es mi deseo puedo incluso lanzarla al espacio.

Me sentí enrojecer y crispé las manos. Por un momento estuve a punto de hacer algo que hubiera aumentado el número de prisioneros. O tal vez sería al menos un cuerpo el lanzado al espacio: el mío. Golpear a un comandante era un acto gravísimo. Creo que nunca se había dado tal acontecimiento a bordo de una nave estelar, ni siquiera interplanetaria.

Gadury resopló y tomó una postura más serena.

—Contenga sus ímpetus, Cohén. Le disculpo porque es posible que esté tan consternado como yo por el acto de Sandra Nelson y debo recordar que deben ser viejos amigos. Por supuesto, la oficial Nelson será' debidamente atendida en su celda. Ya he ordenado a Sidky que Tarizzo le ayude a llevar allí algunos utensilios, como litera, mesa y sillas.

—En los habitáculos no existen cuartos sanitarios —le recordé.

—Bueno, ella podrá avisar cuando tenga que usar el retrete. Ya lo dispondré para que alguien esté siempre libre de servicio y pueda acompañarla.

—¿Acompañarla? Más bien parecerá vigilarla. Todo esto me parece absurdo, señor. Si la Nelson ha cometido una falta no justifica esta serie de medidas de seguridad. Ella puede responder a los cargos cuando regresemos.

Gadury se apoyó sobre la mesa y dijo bruscamente:

—Le repito que aquí se hace lo que a mí me parece, oficial. Adriana Calicó tomará el puesto de la Nelson. Sólo le llamé para informarle como el segundo de a bordo que es, Cohén. Nada más. Puede retirarse.

Asentí y me disponía a marcharme cuando la voz del comandante

me hizo detener junto a la puerta.

—Para aliviar su curiosidad, Cohén, le diré que dentro de dos días llegaremos a nuestro definitivo destino. Concretamente a Alfa del Cisne, al cuarto planeta de la estrella Deneb.

No le di la satisfacción de volverme para que apreciase mi cara de asombro.

Por el pasillo me iba repitiendo: Alfa del Cisne, Deneb.

Mil cuatrocientos años luz.

CAPITULO IV

Cuando llegué delante de la puerta del habitáculo, que se había convertido en celda para Sandra, me topé con Sidky y Tarizzo. El segundo caminaba cabizbajo y rehusó mirarme. En cambio, Sidky desafió mi mirada con altanería.

—Quiero ver a la oficial Nelson —dije.

Sidky se encogió de hombros.

—Debe solicitarlo al comandante —replicó haciendo ademán de querer continuar su camino. Pero yo le contuve un poco violentamente por un brazo—. Lo siento, Cohén, pero es así. Yo cumplo órdenes.

Y se alejó lo más rápido que pude. Tarizzo se retrasó y me susurró:

—Sandra está bien, aunque bastarde desolada.

—¿Has podido hablar con ella?

—¿En presencia de ese reptil? Oh no. Solo le ayudé a llevarle una cama y otros muebles. Parece tener el nombramiento de carcelero mayor de la nave Maldito puerco...

Se marchó rezongando maldiciones Y: miré la puerta abatido por la impotencia. Al otro lado estaba Sandra, necesita de consuelo.

Faltaban aún ocho horas para el periodo de descanso. Las horas se me hicieron muy largas. Apenas almorcé y no comí nada. Estuve casi todo el tiempo en mi camarote, pensando.

Sólo había visto un instante a Adriana, pero Rose y Dora estaban también presentes en el comedor y no me atreví a cambiar una palabra con ella. A las dos intimas amigas las consideraba leales, no sé exactamente por qué, a Gadury.

Paul no estaba presente. Tal vez se hallase ocupado con sus pesas o realizando una inspección de rutina en el sistema de propulsión, como estaba obligado a hacerlo diariamente.

De Sidky era mejor no hablar. Tarizzo y Roekel comían juntos, cuchicheando en voz baja. Me alegré de no volver a ver al comandante. Me evité una discusión con él que podía terminar violentamente.

Pero en la soledad de mi camarote decidí que tenía que hablar con Sandra, aclarar muchas cosas. Aunque Sidky guardase la llave por orden de Gadury yo podía conseguir el codificador maestro. Estaba a mi alcance como oficial. Si era sorprendido podía alegar que consideré mi deber interesarme por la salud y comodidad de Sandra, aunque fuese una prisionera.

Cuando las luces de los pasillos se amortiguaron me levanté y después de recoger el codificador maestro de la sala aneja al puente,

regresé sobre mis pasos, tomé el tubo ascensor y bajé hasta el nivel donde Sandra estaba encerrada.

Anduve sigilosamente por el corredor, pero al notar que la puerta del habitáculo no estaba totalmente cerrada y por la rendija salía un trazo de luz, corrí hacia allá.

Corrí hacia un lado la puerta y en aquel momento escuché un grito rabioso de Sandra. Miré. Sidky luchaba contra la chica, a la que había arrojado sobre la cama. Debajo de él, Sandra se debatía. Tenía rasgada su camisa y por un instante que vi su rostro descubrí un hilillo de sangre que le corría por la comisura del labio.

Mientras Saltaba sobre Sidky, éste, lanzando un grito de rabia golpeó de nuevo a Sandra con los puños cerrados. Ella aún tuvo presencia para levantar su rodilla y castigar a Sidky en la entrepierna.

Yo le agarré por el cuello, le hice volver y le estampé dos sonoros puñetazos. Estaba cegado y por un instante no vi la mirada ausente y los ojos vidriosos de Sidky.

Cuando el hombre se arrodilló en el suelo para sobreponerse de la sorpresa que le había causado mi presencia, comprendí que estaba drogado. Había visto pocos hombres dominados por las consecuencias del acive, pero los suficientes para estar seguro que Sidky no era totalmente dueño de sus actos.

Pero su saturación de drogas le convertía en un elemento peligroso. Rugiendo, se levantó y se dirigió hacia mí. Yo pensé que en tal estado sus reflejos se verían disminuidos, pero no calculé que su fuerza había aumentado.

El primer golpe me sorprendió. Fue un golpe científico, reminiscencia de las viejas artes marciales asiáticas. Pero yo también conozco algunos trucos y le contesté debidamente. Mi lucidez era mayor y de esa ventaja me aproveché adecuadamente.

Castigué a Sidky de forma metódica, procurando causarle daño, dolor físico. De soslayo había visto a Sandra y su aspecto acrecentó mi rabia. Tenía sangre en la cara y arañazos en el pecho. Pero Sidky también había recibido golpes de ella y tal vez parte de la sangre fuese de él.

De todas formas seguí pegando a Sidky, e incluso le dejé que se recobrase, para que siguiera en pie dispuesto a recibir mis golpes.

Cuando noté que mi contrincante estaba acabado le propiné el puñetazo definitivo y gocé viéndole caer como un saco al suelo.

Se agitó allí y en seguida quedóse quieto. Le empujé con el pie y no se movió.

Entonces me volví y me incliné sobre Sandra.

Ella alzó la cara y trató de sonreírme.

—Me cogió desprevenida, mientras dormía. De no ser así, le hubiera dado yo sola su merecido.

—Seguro, pequeña —le tomé por los hombros y la levanté—. Ahora tienes que curar esas heridas. Te llevaré a la enfermería.

Sandra hizo un pequeño amago de resistencia.

—No puedo salir de aquí; estoy prisionera...

—¡Al diablo Gadury! Tú precisas cuidados.

La condujo suavemente hacia la salida. Con mi pañuelo intenté limpiarle la sangre de su rostro. Entonces observé que ella abría desmesuradamente sus bonitos ojos cuando estábamos cruzando la puerta.

Giré la cabeza y vi a Gadury fuera, en el corredor. Las luces brillaban fuertes y él sostenía un láser en su mano derecha.

—Oficial Cohén, sospecho que sus explicaciones tendrán que ser muy convincentes. Pero ahora reintegre a su celda a la prisionera.

Lo vi todo rojo. Mis manos debieron temblar de furia cuando repliqué:

—Sandra precisa ser sometida a curas ahora mismo, señor.

Gadury miró por encima de mi hombro.

—Entre a la prisionera y saque a Sidky. Será a él a quien curaremos.

Solté a Sandra y avancé dos pasos hacia Gadury, pero me detuve al verle alzar el arma y colocarla delante de mi rostro.

—Ese perro intentó violar a Sandra, y creo que lo habría conseguido o casi matarla a golpes de no haber venido yo.

—Esa cuestión tendría que aclararse, Cohén. ¿No pensó que tal vez Nelson intentó escapar y Sidky lo estaba impidiendo cuando usted llegó e interpretó mal la situación? Vamos, Cohén, me está resultando demasiado infantil.

—Lleve a Sidky a la enfermería, sí, pero hágale una revisión y verá que su organismo está saturado de droga, de ácido venusiano. Un hombre así puede perder su control, y en tal condición debe ser recluido, porque es un peligro constante para la seguridad de los demás tripulantes y la misma nave.

—Absurdo. Es absurdo lo que dice. Está tratando de proteger a esa espía. Tal vez usted estaba conchabado con ella. Siempre sospeché que estaba actuando con la ayuda de otra persona.

Moví la cabeza, como si deseara alejar de mí lo que me parecía una pesadilla o situación kafkiana. Escuché ruidos a mi espalda. Sidky estaba levantándose. Noté que Gadury le dirigía un gesto imperioso en un momento que debió pensar que yo no le observaba. Era como si le ordenase que mantuviese la calma.

Sidky pasó por mi lado y sus ojos lanzaron chispas de resentimiento, pero antes que hiciese algo, Gadury le gritó:

—Vaya a la enfermería y que la Trevas le ayude a curarse. Yo me ocupare de estos dos. Pero avise a Rose Pfau para que venga. Armada.

Al parecer había pistolas láser en abundancia por la nave, fuera del arme:: controlado por el comandante, pensé mientras Sidky se alejaba después de lanzarme una mirada asesina. Cojeaba un poco. Yo sentí una íntima satisfacción por ello.

—A quien debería encerrar es a Sidky, señor —dije dando una entonación de ironía a la palabra señor.

—¿Pretende darme órdenes a mí, oficial? Al parecer no se da cuenta que se ha metido en un buen lío. Voy a tener que prescindir de usted. Y en unos momentos cruciales, cuando estamos a punto de llegar a nuestro destino. Me temo que su carrera ha terminado aquí, Cohén.

—¿De veras; —dije irónico—. De todo lo sucedido tendrá noticias la autoridad estelar, y dudo que usted pueda demostrar que ha existido desacato a su autoridad. Más bien es usted quien ha creído que este carguero es de su propiedad exclusiva y no existen unas normas, que incluso un comandante debe cumplir.

Gadury se mordió los labios, pero en seguida recobró su habitual aplomo y dijo:

—Tengo testigos de que Sandra estuvo husmeando en mercancías privatizadas por mí.

—Ella explicará sus razones. Todo este vuelo, desde que comenzó, es un cúmulo de infracciones cometidas por usted.

Y miré a Sandra, esperando que ella dijese allí mismo por qué había acudido furtivamente, lo que era indudable, a curiosear en las cajas protegidas bajo llave por el comandante. Y también, de camino, si había logrado conocer su contenido.

Pero Sandra permaneció callada, con los labios apretados.

—Está bien. Les prometo que serán castigados a su debido tiempo. Ahora entren los dos ahí. Si tuviera tiempo acondicionaría otro habitáculo y los mantendría separados. Pero dispongo de corto plazo para perderlo con ustedes. Por el momento.

Durante todos aquellos minutos había estado intentando encontrar una ocasión para desarmar a Gadury. Luego, de haber tenido éxito no habría sabido lo que hacer. Pero me irritaba aquella arma apuntándome, sostenida por un hombre que ya odiaba con todas mis fuerzas.

Pero Gadury tenía la fuerza de su parte y no tuve otro remedio que entrar en la celda acompañado de Sandra. La única satisfacción que podía tener era que al menos estaba con ella. Podría protegerla.

Una vez dentro, escuché a mi espalda cerrarse la puerta con sonido metálico y luego el chasquido del cierre.

Apenas había sentado a Sandra sobre la cama cuando una viva alegría me llenó de satisfacción. Casi sentí deseos de gritar, de reír y llamar estúpido a Gadury... En mi bolsillo conservaba el codificador

maestro. Podía salir cuando quisiera, pero pensé que debía actuar con calma.

Me coloqué junto a Sandra y volví a sacar mi pañuelo con manchas de sangre.

—Lo siento —me dijo Sandra sonriente.

—¿Por qué?

—Te has metido en un serio problema por mi culpa.

Le oculté que no estábamos tan mal, que podríamos salir de allí cuando quisiéramos porque yo tenía el codificador maestro. Lo hice porque en una situación extrema podría lograr de ella que me confiase lo que yo consideraba podía tratarse de un misterio, que hasta el momento no había querido decirme.

Si ella pensaba que estábamos metidos los dos en la misma barca que se hundía, lo cual en gran parte era cierto, optaría por revelarme lo que sabía, que yo sospechaba era bastante.

Más tarde tendría ocasión de hablarle de mi codificador.

Claro que la cuestión era saber para qué podría servirnos. Sólo para salir. Pero una vez fuera de la celda, ¿qué? El comandante Gadury seguiría siendo la máxima autoridad en la nave y en la academia nos habían enseñado que aún seguían rigiendo en el espacio las leyes del mar. Un capitán podía matar a un amotinado, declarar luego a su regreso que no había tenido otras alternativas y quedarse tan tranquilo.

Sería el primer caso de motín en el espacio estelar conocido y yo no tenía el menor interés por convertirme en el protagonista... Muerto protagonista.

—¿Por qué lo hiciste, Sandra? —pregunté sin mirarla.

—Tenía que conocer el contenido de las cajas, Ab. Y era preciso que lo supiera antes de entrar en el hiperespacio.

—No lo entiendo.

—Es sencillo. Tenía que enviar un mensaje vía láser a la Tierra para informar.

—¿A quién tenías que informar?

Ella agitó la cabeza. Pese a su suciedad me mostró su belleza al sonreír. Movió las manos y abatió sus hombros, como dándose por vencida.

—Está bien. Tengo que confiar en alguien y no tengo mucho dónde elegir aquí a bordo.

Ofendido, respondí:

—Gracias.

—Oh, no te molestes. Tenía que trabajar sola.

—Sin embargo, pediste mi ayuda.

—Es cierto. Entonces pensé que podrías ayudarme y así saber si estabas de parte de' Gadury o no. ¿Sabes que por un momento pensé

que estabas al tanto de todo, que te había convencido?

—Esto cada vez está más confuso, preciosa. Si no te explicas mi cabeza va a estallar.

—Tienes razón. Ab, soy un agente enviado por la Compañía Cíclope.

—Pero tú estás aquí desde hace varias semanas antes que llegase la noticia del relevo de Richardson por Gadury.

—Una parte del consejo de administración sospechó de James Gadury, descubrió con adelanto sus planes y me trasladó a la *Medea,* de forma que Gadury, pese a sus influencias, no pudiera trasladarme a mí. De todas formas consiguió que cuatro tripulantes fueran relevados.

—¿Qué pretende Gadury?

—Ojalá lo supiera. El sector del consejo de administración que está en contra de Gadury, pese a su poder en éste, desea cogerle en algún delito estelar para apartarle definitivamente de la compañía. Durante años Gadury sólo se preocupó de inspeccionar el espacio estelar en su nave de exploración. Nunca dio ninguna clase de informe de sus viajes, pese a que parte de los costes estaban siendo pagados por la compañía.

»Pero inesperadamente regresó de un viaje y se puso a trabajar para que el consejo le diese el mando de una de las nuevas naves, que se adquirieron por instancias suyas. Ese viaje no lo realizó solo. Sabemos que otro individuo le acompañó, aunque no sabemos quién.

—Puede ser cualquiera de los cuatro nuevos tripulantes —sugerí.

—Si estás pensando que es Sidky, suéltalo —dijo con vehemencia Sandra—. Sospechamos de él. Gadury descubrió algo importante en uno de sus viajes, que decidió no revelar. Y ahora nos dirigimos allí.

—A la estrella Deneb, al cuarto planeta —respondí—. Me lo dijo Gadury cuando me contó que te había arrestado.

—Ese cerdo me condujo aquí y me golpeó como un salvaje. Todas mis heridas no fueron hechas por Sidky, aunque estaba presente. Sidky se presentó poco antes que tú llegases, pero sólo le trajo el sexo, furiosamente despertado por la droga.

—Pero si Gadury ha descubierto un planeta rico legalmente pertenecerá a la compañía, ya que parte de las expediciones que realizaba estaban pagadas por la Cíclope y este carguero es propiedad de la compañía. No podrá reclamar nada para sí.

—Esas conjeturas fueron hechas por el consejo y quedaron confusos.

—¿Entonces Gadury ha robado el carguero viajando con él a un punto no estipulado por la dirección de la compañía? Eso es suficiente para encarcelarle por un montón de años, por muchas influencias que disponga.

—Demonios, Ab. Esto es lo que no sé. Desde que embarqué aquí he mantenido pocos contactos con el consejo de administración. Mi enlace se llama sir Arthur Logan, el mayor enemigo que Gadury tiene. Y desde que partimos hacia Aderlah mi interés se centró en avisar a sir Logan.-Una orden del consejo hubiera inmovilizado a la *Medea* en Aderlah, si es que Gadury no tiene permiso expreso de dirigirse a Deneb, cosa que lógicamente dudo,

—Nadie ha ido tan lejos en la galaxia. Apenas hemos explorado una millonésima parte. ¿Qué crees que hay allí?

Ella se encogió de hombros.

—Quién sabe. Riquezas, minerales en abundancia, un planeta idílico que valdría una fortuna cuando llegase el momento de su colonización. No sé.

—Una raza inteligente tal vez —gruñí—. Desde que salimos del Sistema Solar la máxima ambición, y al mismo tiempo el gran temor, ha sido hallar una raza semejante a nosotros, o en su defecto otra humanoide de alta inteligencia.

—Pudiera ser. Pero si es cierto que pronto vamos a llegar a nuestro destino, según dijo Gadury, pronto saldremos de dudas. Pero tengo que avisar a la Tierra, a sir Logan, apenas salgamos del hiperespacio. —Una sombra de desaliento la cubrió—, Y eso será difícil. Si Gadury está dispuesto a jugar fuerte, dudo que piense mantenernos con vida. No querrá testigos a su vuelta a la Tierra.

Muy despacio metí la mano en el bolsillo y saqué el codificador, que puse delante de los ojos de Sandra.

CAPITULO V

El problema era elegir el momento para salir de la celda.

Ya llevábamos encerrados diez horas, sin que nadie nos llevase ningún tipo de alimentos. Nuestras necesidades tuvimos que hacerlas dentro de un taburete, invirtiéndolo y colocándolo lo más lejos posible de nosotros, más tarde.

Fueron unos momentos propicios a la hilaridad de no ser nuestra situación tan grave. La sed nos atormentaba y creo que cada uno de nosotros pensó que Gadury había decidido dejarnos morir allí de hambre.

Claro que habíamos decidido un plazo para salir. No más de dos horas esperaríamos. Si nos armábamos de paciencia era porque estábamos esperando el instante en que la *Medea* comenzase a describir órbitas alrededor de Deneb IV.

La salida del hiperespacio era imperceptible y no podíamos saberlo allí encerrados, pero con nuestra experiencia notaríamos en seguida cuándo la gigantesca nave se colocase en órbita.

Pero la espera era insoportable. En cualquier momento podía abrirse la puerta y entrar Sidky o Gadury. Cualquiera de ellos podía ser nuestro verdugo. Un rápido final para nosotros. ¿Por qué tenían que esperar que nos muriéramos de hambre y sed?

Pensé en nuestros compañeros, en los viejos tripulantes. ¿Qué podía haberles dicho Gadury de nosotros? Claro que existía la posibilidad que también estuvieran encerrados, muertos o ya trabajasen para las órdenes particulares del comandante, después de aceptar una buena oferta de éste. El dinero podía conseguir fieles servidores para quien lo manejase con generosidad.

Apenas quedaba una hora para terminar el plazo que nos habíamos fijado cuando la nave entró en órbita. Yo estaba ya demasiado impaciente y dije a Sandra:

—Salgamos.

—¿Será prudente hacerlo ahora?

—Es el mejor momento. Ahora estarán todos ocupados. Seguramente sacarán una falúa y alguien descenderá al planeta. Pero si les dejamos más tiempo pueden decidir que es el momento de eliminarnos y entonces de nada nos valdrá esto —y agité el codificador.

Ella no replicó y me siguió hasta la puerta. Allí introduje el codificador y lo giré. La puerta se deslizó hacia un lado silenciosamente. Atisbé por el pasillo. Las luces lucían con intensidad y no vi a nadie.

Anduvimos con sigilo, temerosos de ser descubiertos. Normalmente uno puede deambular por el módulo Alfa sin ser visto ni ver a nadie, pero esta lógica parece trocarse en todo lo contrario cuando se pretende pasar desapercibido.

Lo primero que hicimos fue entrar en la cocina segunda, que casi nunca nadie utilizaba. Allí saciamos nuestra hambre y sed. Luego nos lavamos, cogimos ropas limpias y nos cambiamos juntos, siempre con el temor latente de ser localizados.

Limpios y con nuestros estómagos tranquilizados, me sentí dispuesto a todo. Mi mente empezó a funcionar con más lucidez.

Nos dirigimos a la estancia privada del comandante. Allí, Sandra comprendió lo que me proponía hacer. Con el codificador maestro no tuve dificultad alguna en abrir el armero. En seguida noté que faltaban armas. Tal vez cuatro pistolas y dos rifles. Pero aún quedaban varios láseres. Tomamos dos y varias cargas. No tenía la menor intención de disparar ni herir a nadie, pero no estaba dispuesto a ser asesinado impunemente.

—¿Y qué hacemos ahora? —me preguntó Sandra, antes de salir del despacho del comandante.

—Vigilar el puente. Disponiendo del codificador podremos entrar allí y usar el comunicador. Esta nave no tardará en quedarse casi desierta.

Pero yo seguía pensando que el comandante podía ir personalmente a la celda o enviar a ella a Sidky. Apenas se apercibieran de nuestra fuga... Meneé la cabeza, haciendo un esfuerzo para darme cuenta que estaba metido en un atolladero.

Por una vez miré con recelo a Sandra. ¿Y si todo era producto de una maquiavélica trama organizada por ella? Deseché la idea porque quería seguir creyendo en Sandra y también porque para aliviar mi situación no existía otra alternativa que Gadury estuviera cometiendo algo ilegal.

Nos acercamos al puente por el acceso menos frecuentado, es decir, bajando hasta el último nivel de módulo, cruzar los conductos de ventilación y luego ascender por los túneles de servicio. Estaba ayudando a Sandra a salir a la escalerilla metálica cuando escuché una voz a mi espalda y me quedé petrificado.

—Volveos tranquilamente y no intentad usar esas pistolas.

Era una voz de mujer. Antes de volverme ya la había identificado. Era Adriana. Sostenía un rifle, pero no nos apuntaba con él. Sandra terminó de salir y ambos miramos a la Calicó.

—No temáis nada de mí —se apresuró al ver nuestras miradas intranquilas—. Estoy de vuestra parte, aunque haya tenido que asegurar lo contrario a Gadury.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—Apenas partió Gadury y Sidky en una falúa al planeta cuando Rose Pfau descubrió que ya no estabais en la celda —suspiró Adriana —. Ella iba a buscaros para mataros por orden de Gadury.

—¿Qué pasa con Roekel y Tarizzo? —inquirí.

—No estoy segura de ellos. Gadury nos contó una historia absurda, pero yo no le creí. Ya estaba mosca cuando detuvo a Sandra y me harté cuando hace unas horas nos dijo que un motín a bordo lo habían abortado él y Sidky, su fiel perro guardián.

«Siguiendo con sus patrañas, nos dijo que está llevando a cabo una importante misión por cuenta de la compañía y que vosotros sois espías de la competencia. Según él, las leyes del espacio le permiten mataros. Claro que lo llamó ejecución, pero yo no estoy conforme.

—Así que nos están buscando todos —mascullé, mirando intranquilo a ambos lados del pasillo.

—Sí. Esta nave es enorme, pero no daría resultado que os escondáis.

—¿Por qué no? —preguntó Sandra—. Sólo sería el tiempo que precisaran naves de la Tierra en localizar a la *Medea.* Claro que para ello antes tenemos que efectuar una llamada vía láser y...

—Olvídalo. El puente está vigilado por Dora Trevas. Los demás os están buscando. Y ni siquiera pensar en pasar a las secciones de carga. Aunque allí existe aire pueden cortarlo apenas sospechen que estáis en alguna sección. Y rastrear los niveles del módulo Alfa, si se hace con un plan científico no llevaría más de un día.

—Tenemos que marcharnos de aquí —dije.

Sandra me miró sorprendida.

—En una falúa, claro —añadió despectiva—. Esos trastos no pueden navegar por el hiperespacio. Claro que si quieres viajar durante mil cuatrocientos años en mi compañía...

Sonreí.

—No me disgustaría. Lástima que nunca llegaríamos a tiempo para solicitar una licencia de matrimonio —dije a continuación más serio —: Aquí nos pueden encontrar, pero nunca en la superficie de Deneb IV.

—¿Estás loco? ¿Qué sabemos de ese planeta?

Adriana explicó:

—Es un planeta tipo Tierra. Y Gadury se ha dirigido allí sin trajes de vacío a bordo. Por cierto, se llama Jega.

—Nunca escuché nombre tan feo —escupí.

—Es una contracción de Jerome Gadury —rió Adriana.

—Egolatría pura —dije—. ¿Están vigilados los hangares?

—No permanentemente. La llave está echada y de vez en cuando Roekel tiene la obligación de patrullarlo. Os acompañaré si sabéis la forma de abrir la entrada.

—Eso es cuenta mía —sonreí, palpando la valiosa llave maestra—. ¿Por qué no vienes con nosotros?

—Por el momento estoy libre de todas sospechas y creo que aquí podría ser de más utilidad —denegó Adriana.

Para llegar a los hangares había que atravesar verticalmente todo el módulo. Tal vez tendríamos suerte y nadie nos descubriría, pensé mientras abría la marcha. Adriana iba detrás y Sandra la cerraba. Luego vi que ambas mujeres intercambiaban sus puestos a petición de Adriana.

En dos ocasiones escuchamos cómo las compuertas se cerraban. Al parecer alguien en el puente estaba aislando diversos sectores del módulo. Entonces pensé en el sistema de visores por medio de los cuales se podía verificar cualquier rincón de los pasillos. Pero en el puente había sólo dos monitores para atender más de doscientos visores que recogían otras tantas escenas. Si teníamos suerte, podíamos llegar a los hangares antes que nos localizaran.

Quien estuviera en el puente, tal vez Roekel o Tarizzo, no había puesto en funcionamiento el sistema de visores hasta hacía poco.

—¿Cómo podréis entrar? —me preguntó Adriana en un susurro, cuando estábamos cerca de los hangares.

Entonces le confié mi valiosa posesión y ella asintió. Nos estrechó las manos, diciendo que debía regresar, que estaba tranquila dejándonos allí.

—Suerte —dijo, alzando una mano y alejándose por el pasillo.

Adriana tenía vuelta la cabeza mientras caminaba. No vio cuando de la esquina del pasillo surgió una figura. Yo grité y empujé a Sandra, al mismo tiempo. Todo sucedió vertiginosamente.

Era Dora Trevas quien había aparecido de forma inesperada, pero se hizo cargo de la situación y levantó su rifle. Yo estaba empuñando mi láser cuando ella disparó.

Pero Adriana estaba en medio y su brazo derecho recibió el impacto. Aulló de dolor y vi que su miembro colgaba de forma extraña. Entonces disparé; pero Trevas saltó al otro lado del pasillo y volvió a disparar. No tuvo tiempo de apuntar y el mortal rayo restalló a mis pies, haciendo un profundo agujero.

Detrás de mí, Sandra disparó. Sentí el calor del rayo pasar cerca de mi cara. Dora se movía siempre y era difícil apuntar. Saltó sobre el cuerpo de Adriana, que seguía gimoteando en el suelo, arrastrándose.

Volví a apuntar y esta vez acerté, pero Dora seguía avanzando, pese a que la habíamos alcanzado Sandra y yo dos veces. Entonces comprendí que ella disponía de un chaleco que absorbía las descargas de nuestros láseres.

No teníamos ningún espacio para refugiarnos y el pasillo a nuestras espaldas era demasiado largo para echar a correr. Estábamos

atrapados.

Aunque Dora aún estaba a más de veinte metros de mí, aprecié su fea sonrisa, saboreando el momento en que iba a convertirnos en coladores.

Sandra y yo volvimos a disparar, confiando en alcanzar a Dora en alguna parte de su cuerpo no protegida. Pero el acumulador de su chaleco aún debía estar vacío y lo absorbía todo fácilmente.

Muy despacio, Dora alzó su rifle y se dispuso a disparar. Entonces brincó en el aire y gritó. Sobre su pecho izquierdo surgió una flor roja, que se agrandó rápidamente. La espalda no la tenía protegida y Adriana había recuperado su arma y consiguió hacerla disparar.

Dos nuevos disparos y Dora cayó al suelo de forma desmadejada. Cuando nos dirigimos hacia donde Adriana yacía, no aseguramos que estaba muerta.

La herida del brazo de Adriana era mortal. Además le había afectado la cintura. No tenía salvación. Pero nos miró e intentó sonreímos. ¡Qué chica aquella! Sentí un nudo en la garganta y la interrogué silenciosamente.

—Marchaos, amigos...; yo estoy lista —nos entregó su arma—. Os servirá, tal vez...

Luego, su cara cayó hacia atrás, sobre el charco de sangre, de su propia sangre.

Vi húmedos los ojos de Sandra, pero tuve que ponerme duro con ella para que me siguiera.

Alcanzamos la entrada de los hangares, la abrimos sin dificultad y del primer vistazo apreciamos que faltaba una de las falúas, de las seis que existían. Cada una podía transportar seis personas. No era preciso verificar si su dotación de alimentos y agua estaba en regla. Yo lo había inspeccionado todo no hacía más de cinco días.

Cerramos la puerta a nuestras espaldas y corrimos hacia la primera falúa que estaba en posición de partida. Apenas nos situamos delante de los mandos, una voz tronó en el hangar, produciendo mil ecos:

—¡Os habla Rose Pfau! Sé que estáis en el hangar y os doy mi último consejo. Sólo vais a empeorar vuestra situación huyendo y...

Encendí los motores y el rugido de los propulsores acalló la desagradable voz. Antes de soltar el freno, una vez abierta la esclusa delantera nuestra, mascullé:

—Esa perra aún no debe saber que su amiga está muerta. Cuando lo sepa estallará y no quisiera estar cerca.

La falúa se deslizó por los rieles, catapultada. Frente a nosotros estaba abierta la compuerta. Al otro lado había un buen trozo de Deneb IV, que yo me resistía a llamar Jega. Aquel planeta sería nuestro refugio por unos días. O tal vez semanas. Lo peor era que no

habíamos logrado comunicarnos con la Tierra, con sir Logan.

Salimos del módulo Alfa y los propulsores nos alejaron de la enorme masa de la *Medea.* Yo pilotaba y no me sorprendió cuando al volverme vi a Sandra cerrar los ojos. Creo que se quedó dormida un rato. Lo comprendí. Estaba agotada.

Deneb IV era un hermoso planeta, incluso visto a cinco mil kilómetros. Veía continentes y mares azules. La pregunta era: ¿adónde nos dirigíamos?

Pensé que cerca del mar o en la desembocadura de algún río estaríamos mejor. Podríamos pescar, cazar o recoger frutas. La comida de a bordo no podía durarnos siempre. De cualquier forma estaríamos lejos del punto donde Gadury había descendido.

De pronto me sobresaltó la idea de dirigirme a un planeta densamente poblado, con humanos o humanoides. Pero a aquella altura podía estar seguro de que allí no había grandes muestras de civilización.

Estaba convenciéndome de ello cuando el detector de la falúa me indicó una gran masa metálica. Ya volábamos a unos diez kilómetros cuando localicé aquella emisión tan fuerte. Su situación estaba al norte, a unos mil kilómetros. Aparte de aquel punto todo era vegetación, verde y densa.

Lógicamente, Gadury debió haber descendido cerca de allí. Nosotros debíamos no acercarnos, pero también era estúpido alejarse del único sector que al parecer tenía aquel planeta con indicios de vida civilizada.

No consulté con Sandra, que dormía. Dirigí la falúa al norte.

*

—Bien venida a Deneb IV —exclamé, ayudando a Sandra a descender.

Nos habíamos posado en una llanura. La hierba era alta, llegando casi a mis rodillas y era de color verde amarilla. Al este se alzaban unas montañas que me figuré debían ser altísimas. Las cumbres estaban blancas y nubarrones oscuros se deslizaban entre ellas. Por el oeste se extendían sombríos bosques. El sur seguía siendo llano, mientras que el norte parecía indicar un cambio brusco de paisaje, o tal vez una mezcla de varias identidades.

Y hacia el norte estaba el núcleo que hizo repiquetear el detector de la pequeña nave.

Sandra saltó sobre la hierba, riendo y moviendo los brazos como molinetes. En seguida pensé que ella, su figura y larga cabellera rubia, cuadraba perfectamente en el idílico paisaje.

Corrí tras ella y cuando la alcancé por la cintura, ambos rodamos

por entre las hierbas. Notamos bajo nuestros cuerpos su suavidad.

Quedé sobre Sandra y nuestros ojos estaban muy cerca. Me incliné sobre ella, notando su cuerpo, suave y acogedor, palpitante.

La besé y ella permaneció los primeros segundos estática, pero luego pasó sus brazos por mi cuello y me abrazó con fuerza.

Me sentía alborozado, comprendiendo que al fin mis deseos podían ser colmados. Ella me recibía y aceptaba con parecida alegría que yo experimentaba.

Pero cuando estábamos a punto de sumergirnos el uno en el otro y mis manos, nerviosamente, comenzaban a desvestirla, sonaron los extraños ruidos.

De mala gana me incorporé, de rodillas y flanqueando las caderas de Sandra, miré a mi izquierda y de un salto terminé de alzarme.

Lo que se había acercado a nosotros estaba a menos de treinta metros, con el sol detrás y proyectando su sombra alargada y distorsionada.

Era como una mezcla de tortuga y hormiga, pero de diez metros de largo por tres de alto. El monstruo agitó delante de nosotros sus antenas y las patas se deslizaron levemente por la hierba. Avanzó apenas un par de metros, pero era suficiente para pensar que iba a seguir hasta alcanzarnos.

Aunque sacamos nuestras pistolas —el rifle que había sido de Adriana estaba en la falúa— por el momento no pensamos en disparar.

Sobre el monstruo, como para él fuese una montura de pesadilla, había un hombre.

Se alzó sobre la silla para vernos mejor. Entonces movió las bridas que terminaban en la descomunal boca de la hormiga.

No podía tener la menor duda que era un humano, tal vez de mayor estatura que yo y muy fornido. Al principio me pareció calvo, pero más tarde comprobé que tenía el cabello muy corto y el color era el mismo de su piel, rubio.

Sandra retrocedió unos pasos cuando el monstruo volvió a mover sus grandes patas.

«No quiero causaros daño alguno.»

Cerré los ojos un segundo. Había visto mover los labios del hombre rubio, pero no escuché ninguna frase. En cambio, en mi mente sonó de forma abstracta el conjunto de palabras que debían tranquilizarnos.

Recordé que teníamos empuñadas las pistolas. Dije a Sandra que guardara la suya y yo coloqué la mía entre el pantalón y el cinturón.

Aquel gesto pareció animar al hombre rubio, que sonrió con amplitud, mostrando una fuerte dentadura. Movió las bridas y el monstruo se tumbó entre la hierba. Luego retrocedió un poco y se

deslizó hasta el cuello por la concha de tortuga.

«Tampoco es mi intención que sufráis daño alguno.»

Aquello lo dijo mientras caminaba hacia nosotros. No parecía armado. Vestía unos arreos de cuero, un faldellín rojo y calzaba botas altas, brillantes y flexibles de color negro. Anduvo con soltura y se detuvo a un metro de nosotros. Nos miró detenidamente, sin ningún tipo de insolencia. En sus ojos negros brillaba una muestra de curiosidad.

—Ab, nos está hablando —dijo Sandra.

Así que no se dirigía solamente a mí, sino a ambos por telepatía.

El hombre se llevó la diestra al pecho y movió los labios.

«Me llamo Ialcar -—se volvió para señalar al monstruo—. Leo en vuestras mentes que no os doy miedo, pero sí mi jerchu. Tampoco debéis temer de él. Es inofensivo. Sólo come hierba.»

En aquel aparente descanso que le había dado su amo, lo que para mí seguía siendo un horrible monstruo estaba engullendo grandes cantidades de aquella hierba, sin prestarnos atención.

El llamado Ialcar podía enviarnos mensajes a nuestras mentes sin dificultad. La cuestión era saber si al hablar yo él captaría mentalmente la intención de frase.

—Gradas, Ialcar. Esta mujer se llama Sandra Nelson y yo, Abel Cohén.

Asintió levemente.

«Sed bien venidos a Taguru; es decir, a Deneb IV o Jega, como conocéis este planeta.»

Así que leía nuestras mentes. Yo podía estar pensando en los nombres que hasta el momento tenía el cuarto planeta de la estrella Deneb.

Me moví un poco intranquilo. Pese a que Ialcar parecía pacífico no resulta agradable saber que nuestra mente está desnuda para él.

—Creo que es innecesario que te diga de dónde procedemos —dije.

Ialcar negó con la cabeza.

«Olvidad que puedo leer en vuestras, mentes todo cuanto desee. Sólo aquellos pensamientos fuertes puedo captarlos, a no ser que conscientemente os dirijáis a mí, con toda vuestra intención.»

Aquella manifestación me tranquilizó. Ialcar parecía esperar mis explicaciones, pero ¿debía yo decírselo todo? ¿Quién era él realmente?

—Somos terrestres —estaba diciendo Sandra cuando yo todavía sopesaba los pros y los contras—. Nuestra nave está orbitando Taguru y hemos descendido en esa falúa que puedes ver detrás de nosotros. Por supuesto venimos en son de paz. Si sacamos nuestras armas es porque nos asustaste, es la verdad. Estábamos... digamos muy

ocupados en ese momento.

Yo sonreí levemente y creo que Sandra enrojeció un poco. Hasta me pareció que Ialcar también disimulaba una sonrisa. Pero tal vez no fue así. El hombre de Taguru alzó su mirada al cielo. Al bajarla, nos dijo:

«Debe estar muy lejos cuando no percibo su presencia. Pero no comprendo cómo habéis descendido aquí estando la Ciudad tan lejos.»

—Es la ciudad donde tú vives, ¿no es cierto?

Por primera vez vimos que la amabilidad del rostro de Ialcar desaparecía por un instante.

«No, no. Hace una jornada presencié el descenso en la Ciudad de una nave igual a la vuestra. Me imagino que volaréis otra vez para ir a la Ciudad.»

Sandra y yo nos miramos. ¿Cómo explicar a aquel hombre los innumerables motivos que nos impedían ir al lugar donde estaba Jerome?

—No podemos —empezó a decir Sandra sin consultar conmigo. Pensé que ella se estaba portando de forma muy arriesgada—. La nave que aterrizó allí estaba pilotada por dos hombres con los cuales estamos enemistados.

Ialcar dijo:

«Pienso que debéis contarme vuestra historia con detenimiento. Desde que regresaron los hombres del espacio por segunda vez en pocas jornadas, mis vecinos y yo llegamos a la conclusión de que llegarían más, pero todos descenderían en la Ciudad. Cuando os vi bajar creí que os habíais perdido y estaba dispuesto a mostraros el camino para reuniros con vuestros otros compañeros.»

—Pareces estar disgustado porque no queremos ir a la ciudad —comenté, aún hecho un buen lío.

«No es así exactamente. Es que vuestra actitud está fuera de nuestra lógica. ¿Tenéis inconveniente en acompañarme a mi casa y contármelo todo?»

En aquel momento, tal vez casualmente, el jerchu se alzó y su movimiento se nos antojó amenazador. Pero la actitud de Ialcar seguía siendo tranquila, sin mostrar en ninguno de sus gestos animosidad.

Miramos hacia la falúa e Ialcar nos tranquilizó:

«No os preocupéis por vuestro vehículo espacial. Yo enviaré a por ella y os garantizo que no sufrirá un rasguño. Esta misma noche la tendréis delante de mi hogar. Ahora subid' conmigo.»

Creo que acercarme al monstruo fue una experiencia desagradable. Ascendimos por la concha y una vez arriba, vimos que además de la silla destinada para Ialcar, había tres más. Parecía ser el taxi local.

Ialcar tomó las riendas e hizo que el jerchu diese la vuelta. Quedé asombrado de la velocidad que adquirió. Tuvimos que sujetarnos bien a nuestras sillas.

CAPITULO VI

Tardamos casi tres horas en llegar a la casa de Ialcar. Por el camino, Sandra y yo pudimos hacernos una idea de la forma de vida de las praderas. Vimos muchos jerchus, algunos montados por nativos y otros, la mayoría, formando rebaños y muy ocupados en comer grandes cantidades de hierba, la cual parecía ser su único alimento.

Ialcar saludaba de vez en cuando a algunos conocidos suyos. Les alzaba las manos, sonreía y luego asentía dos o tres veces. Deduje que mantenía con ellos diálogos telepáticos. Seguramente les estaba informando de nuestra llegada.

Un enorme jerchu, tal vez mayor que el nuestro, se nos acercó en una ocasión. Además del jinete iban cuatro niños y una mujer preciosa. Después del intercambio telepático con Ialcar nos miraron curiosamente y se alejaron en sentido opuesto.

«Están todos muy asombrados con vosotros —dijo Ialcar—. No por el hecho de haber llegado, sino porque no queréis ir a la Ciudad y reuniros con los demás extranjeros.»

No supe qué contestar.

Al fin llegamos a una extensión de terreno en el que había árboles de los que pendían frutos brillantes y extraños para mí. Algunas porciones de tierra estaban cultivadas y entre ellas se movían algunas personas. A la derecha estaba la casa de Ialcar.

No fue necesario que me lo dijese. Era de suponer que se trataba del hogar de nuestro anfitrión.

Se trataba de una construcción en piedra y madera de dos plantas, de bella estampa. Las piedras se veían pulidas y las maderas brillantes. El pórtico era amplio y bajo él había una pareja de ancianos. Cuando el jerchu dobló sus patas para que nosotros bajásemos, del interior salió una mujer espléndida, aún joven. Era muy hermosa y corrió hacia Ialcar, a quien besó. Su cabellera negra se agitó por el viento y brilló unos instantes bajo los últimos rayos de Deneb.

Ialcar nos indicó que entrásemos después y le mostró una silla junto al fuego de la chimenea. Le sonreía y yo supuse que le estaba diciendo algo, que tal vez la divirtió, pues Sandra soltó una carcajada.

El interior era más agradable aún. Había un amplio salón, con muebles rústicos, pero cómodos y hermosos. Una escalera se levantaba al fondo y debía conducir a los aposentos del piso superior. Por una puerta a la izquierda salía un agradable olor a asado.

Ialcar me indicó una silla frente a él. Nos sentamos. Por encima de su hombro observé cómo la pareja de ancianos, de aspecto noble y

movimientos ágiles, se acomodaban en una amplia butaca situada debajo de un gran ventanal.

«Mis hijos están deseando conoceros; vendrán más tarde —dijo Ialcar—. Les he pedido que nos dejen tranquilos un rato. Por desgracia son jóvenes y escandalosos. Ahora trabajan en los cultivos.»

A los hijos de Ialcar los había visto desde lejos. Ninguno de ellos se acercó a la casa. Por lo tanto, su padre les había dado órdenes telepáticas. Vi que el nativo se repantingaba en su sillón, indudablemente esperando que yo diese comienzo con mi relato.

*

Nos había traído vinos y comida. Karta y su suegra se desvivieron por obsequiarnos. Rematamos la comida con aquellos frutos que tanto me llamaron la atención. Eran como las sandías, pero más pálidas y bastante más dulce.

Yo había terminado de explicar a Ialcar lo que había sucedido a bordo de la *Medea* desde que el comandante Richardson fue relevado. Claro que tuve que responder a algunas de sus preguntas referentes a la Tierra y los muchos planetas que habíamos colonizado.

Sandra se había sentado a mi lado y sorbía una copita con licor agridulce, que según afirmaba Karta, era muy digestivo y además lo destilaba ella misma.

Y esa misma copa estuvo a punto de derramarla encima de mí cuando Ialcar se dirigió a nosotros en nuestro idioma:

—Durante mucho tiempo hemos esperado este momento. Sabíamos que podíamos estar solos en el universo, pero…

Nos miró sorprendido ante nuestras bocas abiertas.

—Ah, estáis asombrados porque ya puedo expresarme en vuestra lengua —sonrió y se encogió de hombros, como si se disculpase—. Después de escucharos durante todo este tiempo me resulta muy fácil conocer vuestro idioma. Pienso que os resulta más fácil que si continúo hablándoos por telepatía.

Karta pasó la mano alrededor del cuello de su marido.

—Yo… Aún no puedo hablarlo bien; pero lo haré pronto, cuando os escuche más tiempo.

Meneé la cabeza, asustado quizá.

—Demonios, amigos. Todo esto es asombroso. No sé qué decir —resoplé tratando de ordenar mis ideas—. Bien, me parece que he sido sincero con vosotros y ya sabéis todo cuanto nos sucede. Este mundo al que llamáis Taguru es asombroso. Me gustaría saber algo de él.

—Por supuesto —asintió Ialcar. Su entonación era agradable. Incluso creo que se parecía un poco a mi forma de hablar—. Estaba diciendo que desde hace siglos, tal vez milenios, siempre hemos

pensado que algún día llegarían seres de otros mundos. Claro que no podíamos estar seguros si serían como nosotros o representantes de otra forma de vida.

—Supongo que la llegada en un plazo de dos días de naves con humanos del Sistema Solar no os haya perturbado demasiado.

Me miró con el ceño fruncido.

—No es la primera vez que llegan naves de la Tierra —dijo—. Hace un año, según vuestra medida del tiempo, descendió una nave mayor que vuestra falúa, pero infinitamente menor que la que órbita nuestro planeta. Lo hizo directamente en la Ciudad, por lo que no pudimos saber de quiénes se trataban. Sólo detectamos la presencia de un hombre mediante nuestras sondas mentales. Incluso intentamos comunicarnos con él, pero su mente estaba demasiado abstraída por lo que había hallado en la Ciudad.

—¿Quieres decir que no fuisteis a la Ciudad para entrevistaros con esa persona? ¿Por qué?

El matrimonio y los ancianos nos miraron. Karta se alzó un poco y dejó de acariciar los rubios cabellos de su marido, y éste dijo:

—Nosotros nunca entramos en la Ciudad. No podemos.

—No comprendo la razón...

—La Ciudad es de los earthos.

—¿Quiénes son los earthos?

—Digamos que son los dueños de esa urbe. ,

—Ab, el humano que llegó a Taguru hace un año debió ser Jerome Gadury —me dijo Sandra.

Asentí. Sí, debió ser así. Era lógico. Gadury descubrió Deneb IV, hizo algunos descubrimientos en la ciudad, volvió a la Tierra manteniendo el secreto de su hallazgo y planeó volver con una nave inmensa. Incluso manipuló al consejo de administración para que las ciudades como la *Medea* fuesen incorporadas a la flota, pese a la problemática rentabilidad. Se hizo nombrar comandante y prácticamente se adueñó del carguero para su uso exclusivo, reemplazando parte de la tripulación hasta el límite máximo, para no despertar demasiadas sospechas en la dirección de la compañía.

—Quien estuvo aquí hace un año es uno de los dos hombres que ahora están en la ciudad —dije a Ialcar—. Nosotros no podemos saber cuáles son las intenciones de él, pero tal vez tú lo sepas.

Ialcar nos miró fijamente. ¿Qué pensaba aquel hombre? ¿Conocía la respuesta y dudaba en revelárnosla?

—No estoy seguro, pero no nos molesta la presencia de esos hombres. Es más, no nos preocupa que nuestro mundo haya sido descubierto por otra civilización.

Pensé que a veces un hombre no podía estar tan seguro como Ialcar de lo que decía. Por un instante intenté imaginarme lo que iba

a conmocionar en los mundos humanos la noticia de la existencia de Taguru.

¡Por fin se había descubierto un planeta habitado por seres inteligentes y totalmente humanos! ¿Cómo iban a evitar los nativos de aquel paradisíaco mundo la llegada masiva de curiosos, comerciantes y aventureros? Las autoridades de la Tierra iban a tener que mostrarse duras contra los promotores del alud que irremediablemente iba a caer sobre Deneb IV, pese a ser el mundo actualmente conocido más alejado de la Tierra?

La civilización tagurita parecía pacífica. Se basaba en la agricultura y el uso de las bestias locales para los trabajos pesados. Eran finos y cultivados, pero hasta el momento no había visto armas y ninguna clase de poder para que sus derechos fuesen respetados.

Pero quedaba la ciudad. Habíamos detectado desde la falúa una gran masa de metal y energía, una enorme actividad hacia el norte.

—Realmente, ¿qué son los earthos además de los dueños de la ciudad? ¿Existen otras urbes en el planeta?

—Ya no. Hace muchos siglos existieron más ciudades, pero cuando decidimos su arrasamiento todos los earthos emigraron a la mayor, la que está al norte y se llamó simplemente la Ciudad. Desde entonces viven allí. No pueden salir de los límites marcados, pese a que muchas veces lo intentaron.

—¿Por qué no pueden salir de la Ciudad? —preguntó Sandra.

—No lo permitimos.

—¿Son seres iguales a nosotros los earthos?

Sonaron risas en los dueños de la casa. En aquel momento entraron los hijos de Ialcar. Eran cinco, de distintas edades. Dos varones y tres chicas. Nos miraron como a tipos raros. Ialcar mantuvo con ellos una serie de explicaciones silenciosas y luego dijo en nuestra lengua, pero creo que al mismo tiempo les decía a sus hijos lo mismo mentalmente:

—Ahora quiero que comáis, pero hacedlo en la cocina y luego marchaos a descansar. No olvidéis que mañana, a primera hora, hay que ir a los ríos a pescar. Nos queda poco pescado.

Se marcharon por la izquierda, riendo y haciendo gestos. Karta se retiró para prepararles la comida y se quedó en la cocina.

Miré a Ialcar, que había vuelto a llenar la copa vacía de Sandra con el licor, después de asegurar que no le afectaría porque su contenido de alcohol era mínimo. Yo rechacé una nueva copa.

—¿Por qué esas risas cuando pregunté si los earthos...?

—¿Si eran iguales a nosotros? ¡Qué tontería! Bueno, no quisimos ofenderos, amigos, Por un momento fui un estúpido y olvidé que procedéis de un mundo totalmente diferente al nuestro, en donde la tecnología es la dueña absoluta y, en algunas ocasiones, os domina.

Callé porque sabía que tenía razón, pero en seguida alcé una ceja porque pensé que había algo que no cuadraba, al menos en el plano general que me había forjado.

Pero Ialcar seguía diciendo:

—Hace muchos siglos nuestra civilización se encontró en una difícil encrucijada, quizá muy parecida a la que tuvo que enfrentarse la Tierra antes de su expansión estelar. Había consumido prácticamente nuestras reservas minerales y el medio ambiente estaba deteriorándose con rapidez. Había escasez de alimentos y de nuevo las enfermedades hacían su aparición. Aunque no existían guerras porque habíamos conseguido que todos los taguritas gozasen de placeres y comodidades, sabíamos que no podíamos seguir por ese camino mucho tiempo. Claro que nos quedaba la solución de traer materias primas de otros planetas, pero los viajes estelares no nos seducían.

»Entonces nuestros antepasados decidieron llevar a cabo una revolución total. Por última vez usaron las computadoras para forjar un plan a largo plazo, pero con comienzo inmediato. Había que volver a la naturaleza, consumir sólo lo que podía ser reemplazado. Era preciso un constante reciclaje para no destruir este mundo que nos negábamos a abandonar por otros lejanos. Inmediatamente se congelaron los nacimientos, para conseguir una población ideal. Luego se empezaron a abandonar las ciudades, y cuando estaban vacías se demolieron y aprovecharon sus recursos. Así se fue evolucionando durante muchos años, hasta que sólo quedó la mayor de las urbes. Y comenzaron nuestros pequeños problemas.

»Debo hablar ahora de nuestros sirvientes. No construimos robots, sino androides dotados de cerebros tan altos como los nuestros, pero de cuerpos plasmáticos, capaces de adoptar cualquier forma. Durante muchos siglos sirvieron eficazmente a nuestros antepasados. Al quedar sólo una ciudad fueron recluidos en ella porque siempre quedó postergada la decisión final. Había que destruirlos o conservarlos como testimonio de una era que renunciábamos.

»Pero los androides, o earthos como los llamamos, se rebelaron. Ellos poseen un mando general que los controlaba y mantenía siempre en su número ideal, según nuestras exigencias. No aceptaron ser destruidos cuando al final mis antepasados optaron por esta decisión. Todos estaban ya en la Ciudad, la única que quedaba en el planeta, cuando intentaron salir de ella y hacerse los dueños absolutos de Taguru.

—¿Cómo es posible que pudieran volverse contra sus creadores?

Ialcar se encogió de hombros.

—Fue un error. Se tardó mucho en tomar una decisión. En esos años la mente regidora de los earthos pudo pensar por sí sola a causa

de la soledad en que se sumió por nuestro abandono. En la Ciudad ellos disponen de las últimas reservas de energía que quedan en Taguru. No sabemos cuánto pueden resistir aún, pero a veces les tememos. Como decía antes, ellos pretendieron liquidarnos a todos, para así acceder a nuevas fuentes de riquezas minerales que guardamos en otro continente, producto del desmantelamiento de las ciudades viejas. Pero no contaron con nuestra fuerza mental. Fuera de la Ciudad son vulnerables, al igual que nosotros somos impotentes dentro de los recintos de su dominio.

—Un extraño equilibrio de fuerzas —dije.

—Cierto, amigo mío —asintió Ialcar—. Cuando yo nací las cosas seguían igual que hace mil años. Los earthos dentro de la Ciudad y nosotros ocupando todo el planeta, pero viviendo felices. Intuimos que los earthos pretenden algo, aunque no sabemos qué.

Vi que Sandra palidecía. Tembló cuando dijo:

—Lo siento, Ialcar, pero me temo que la presencia de Gadury en la Ciudad puede suponer una amenaza para vosotros.

Ialcar sonrió plenamente confiado.

—No os preocupéis. Estamos seguros de nuestra fuerza. Los earthos son débiles ante nuestras mentes. Antiguamente eran gobernados por mis antepasados por medio de la mente para darles órdenes. Aún no pueden sustraerse a este poder, pese a que su organismo regidor pensó lo contrario cuando la antigua revuelta.

—¿Pueden reproducirse?

—Si contasen con los elementos precisos sí. Pero no tienen acceso a ellos porque los tenemos muy lejos de la Ciudad. Creo que los earthos sólo tienen dos caminos para evitar su inevitable exterminación.

—¿Qué caminos son ésos?

Repentinamente, Ialcar pareció perder todos sus deseos de darnos más explicaciones.

—Es tarde —dijo—. Debéis descansar. Aunque nosotros no tenemos ninguna clase de autoridad que nos mande, la noticia de vuestra presencia se está extendiendo por todo el planeta y mañana, según me han comunicado, un grupo de representantes de la región quiere cambiar impresiones conmigo. Pero estimo que todo será pura rutina.

Se levantó y Karta se ofreció a mostrarnos nuestro dormitorio. Yo miré a Sandra y me alegré de no encontrar en su gesto ninguna oposición a dormir conmigo. Pero dije:

—Sube tú primero, Sandra.

Ella abrió la boca para preguntarme algo, pero al ver mi actitud se encogió de hombros y siguió a Karta por las escaleras, después de despedirse de los ancianos.

Miré a Ialcar.

—Quiero hablar contigo a solas —susurré.

—Salgamos. Desde arriba podrían oírnos.

Fuera de la casa había una temperatura agradable. El frío era perfectamente soportable. Taguru no tenía lunas, pero bajo el brillo de las estrellas percibí la cercana presencia de docenas de jerchus pastando.

—Sandra tiene razón al pensar que la presencia de James Gadury en la Ciudad puede causar problemas —dije, dispuesto a no dar rodeos.

—Para nosotros no representará ningún peligro —sonrió Ialcar—. Incluso creo que sería la solución.

—¿Solución? ¿A qué?

—Los earthos no pueden salir de la Ciudad, ni con la ayuda extraña. Por lo tanto, es lógico pensar que ellos saldrán del planeta. Mientras que no traspasen los límites verticales de su recinto pueden hacer lo que les venga en gana. Y la Ciudad posee más de mil kilómetros cuadrados. Pueden largarse a las estrellas cuando les plazca. Y creo que lo hubieran hecho de disponer de materiales adecuados.

Le observé incrédulo.

—Por Cristo, Ialcar, respóndame sinceramente. ¿Hubierais podido evitar el descenso de la falúa de Gadury sobre la Ciudad?

—Desde luego. También pudimos evitarlo hace un año, pero no lo hicimos. Por lógica, Gadury ha pactado con el gran Cerebro de la Ciudad. No puedo saber con exactitud los términos, pero es posible que Gadury les haya prometido sacarlos de aquí.

—¿Para qué?

Ialcar se encogió de hombros.

—Eso no nos incumbe, amigo mío.

¿Me llamaba amigo con sinceridad o era una expresión que había captado de mi mente y usaba pródigamente, sin conocer realmente el alcance de su significado? Me puse nervioso.

El tagurita hizo una muestra en el terreno con el tacón de su bota.

—Mira, Abel. Debajo de nosotros, según me contó una vez mi abuelo, que a su vez lo sabía de su padre, pasó hace mil años una carretera de cemento. Creo que luego fue de caucho y más tarde de energía, por la que pasaban millones de vehículos a velocidades enormes. No queremos que eso vuelva, aunque aún disponemos de todos los conocimientos que una vez llevó a la práctica nuestra vieja civilización. Nos gusta corno vivimos y no queremos cambiar. Pero nos estorba la Ciudad, pese que no es peligrosa. Podemos esperar a que muera, pero no sabemos cuándo sucederá esto y queremos aguardar más porque precisamos desmantelarla y aprovechar sus

minerales y el terreno que ocupa.

—Creí que repudiabais todo lo que oliera a tecnología —mascullé.

—¿Es tecnología fabricar ollas para cocinar y aperos de labranza para obtener alimentos? —rió Ialcar—. No renunciamos a la rueda, pero nunca pasaremos de usarla para hacer una carreta. Como fuerza disponemos de los jerchus, que una vez, hace un milenio, estuvieron a punto de ser exterminados. Ahora vivimos ambos y nos queremos, porque con el paso del tiempo ellos también se ponen en contacto con nosotros mediante sus rudimentarios cerebros. Y nos amamos, de verdad.

De todas formas, aunque le creía, se me hizo difícil pensar en el amor platónico entre un ser humano y un monstruo como aquéllos. Dejé que Ialcar siguiera hablando.

—Cuando ese humano terrestre estuvo aquí hace un año y permaneció cierto tiempo en la Ciudad tal vez nos alarmamos un poco, pero luego la sensatez nos hizo concebir la esperanza de que podía ayudarnos indirectamente. ¿Cómo? Pues muy sencillo: llevándose adonde quisiera a todos los androides, incluyendo al Gran Cerebro que los rige y cuida. No nos interesa saber cuál será su destino, porque una vez que salgan de Taguru no podrán volver, aunque lo intenten.

—Y a vosotros no os molesta mi presencia, ni saber que existe la Tierra porque también podéis impedir la llegada de más naves, ¿no?

—Sí.

—Me sorprende tu sinceridad ahora.

—¿Por qué? No estamos acostumbrados a mentirnos.

—Demonios, Ialcar —gruñí—. Si Gadury se lleva a los millones de androides fuera de aquí podrá causar problemas en los planetas colonizados por la Tierra. Gadury es un demente, un tipo ambicioso. ¿Qué sabemos nosotros lo que bulle por su mente?

—Sí, puedes tener razón. Pero lo que hagan los earthos fuera de Taguru no será de nuestra inconveniencia.

—Una lógica egoísta.

—No estoy de acuerdo. Es una lógica simple. La responsabilidad de lo que ocurre en tus mundos será de un compatriota tuyo, no nuestra.

—Pero están los earthos, que tus antepasados crearon y no supieron destruir a tiempo.

—¿Es que pretendes que os ayudemos? ¿A qué? No podemos hacerlo sin saber exactamente lo que Gadury y el Gran Cerebro están planeando. Además, según nuestras normas de convivencia, los millones de taguritas tendrían que estar de acuerdo en una acción de tanta envergadura.

—No sería muy difícil exponérselos mediante la telepatía…

—Hacérselo saber, no. Pero la decisión tardaría mucho. Desde hace tiempo nos tomamos nuestro tiempo para meditar sobre asuntos importantes. La respuesta total tardaría semanas, tal vez.

—Y para entonces podría ser tarde.

—Compréndelo, Abel. No sabemos si lo que pretende Gadury es malo o no. Para vosotros, naturalmente.

—Sí. Vosotros estáis tranquilos. Ellos saldrán y entonces cerraréis la puerta, no dejando que nadie más vuelva a entrar.

—Oh, no he querido decir eso. No nos molesta recibir visitas, pero seguro que no toleraremos una larga permanencia de esas visitas... ni aunque sean amigos apreciados. Y tú, aunque no lo creas, ya eres apreciado por mí, mi familia y cuantos taguritas han podido conocerte gracias a mis informes.

Di un puntapié a un guijarro, me volví hacia Ialcar y le dije:

—Entonces tienes que ayudarme a ir a la Ciudad.

—¿Para qué? Sería peligroso. Gadury es tu enemigo...

—Tengo que averiguar lo que están tramando esos dos: Gadury y el Gran Cerebro. Tal vez lo que encierren sus planes no sea tan tranquilizador para vosotros. ¿Podrías ayudarme a ir a la Ciudad?

—No puedo acercarme mucho a ella —se indicó unas sombras—. Pero ahí tienes la falúa. La han traído algunos amigos míos con la ayuda de dos jerchus apenas hace un rato.

—Será suficiente, gracias. Partiré ahora mismo. No quiero que le digas nada a Sandra.

CAPITULO VII

No podía marcharme tan súbitamente. Tenía que dar la cara a Sandra, esperar que se durmiese. Pero la agotadora jornada había vencido a la chica y la encontré durmiendo profundamente.

Yo también debí descansar, pero tenía el convencimiento que debía ir solo a la Ciudad y no podía demorarme más.

De nuevo en el exterior y junto a la falúa, pedí explicaciones a Ialcar acerca de la extraña urbe.

—Está a unos trescientos kilómetros de aquí, al norte —me señaló una estrella roja y brillante—. La llamamos Ilaltor. Puede guiarte, pero supongo que a bordo de tu vehículo llevarás los aparatos suficientes para localizar esa concentración urbana.

—Localizarla no será problema. Lo que deseo es saber más de la Ciudad y sus habitantes.

—Está rodeada de una muralla de unos veinte metros, de metal. Mil metros antes de llegar a ella mis poderes mentales son ineficaces porque el Gran Cerebro construyó antes de la revuelta un perturbador neurótico. Afortunadamente no pudieron ampliar su radio o volverlo más potente. No creo que haya problemas para ti superar esa muralla. Existen muchas entradas y la mayoría no están vigiladas. Los earthos forman una extraña sociedad. No verás los millones que son por las calles, apenas unos miles. Cuidan de los edificios y de los servicios vitales.

—¿Qué pasa con el resto de la población de earthos?

—Los suponemos inactivos. Tienen que ahorrar energía.

El Gran Cerebro no puede mantenerlos a todos con vida. Los androides que crearon nuestros antepasados han de revitalizar sus células artificiales de vez en cuando para renovar su plasticarne y sangre sintética. La última vez que los vieron los antiguos taguritas aún tenían aspecto humano, pero no puedo garantizarte el que tendrán actualmente.

— ¿Por qué los construyeron para que cambiaran de forma?

—Tal vez porque se aburrían de tener sirvientes siempre con el mismo aspecto. Según las leyendas los hacían cambiar su presencia, convirtiéndolos en animales hermosos, mecánicos de varios brazos, etc., según las necesidades del momento. Esa versatilidad es lo que les obliga a un consumo periódico de energía, lo que en definitiva ha condenado a la Ciudad a la extinción.

Asentí. Tenía la pistola en mi cinturón y dentro de la falúa el rifle. No sabía si iba a necesitarlas, pero con ellas me sentía un poco más seguro. A la luz de la lámpara de aceite noté que la mirada de Ialcar

hacia mi armamento era de desaprobación.

Le estreché la mano y le pedí que le dijese a Sandra que confiaba regresar pronto. En caso contrario esperaba que ellos la cuidasen...

Cuando Ialcar me aseguró que Sandra podría quedarse con ellos o hacer lo que quisiera sentí la sensación que decía la verdad.

Entré en la falúa y me coloqué delante de los mandos. Al mirar por la pantalla me alegré que el despegue fuese vertical. No quería estropear los sembrados de la familia.

Ascendí hasta los mil metros y luego viré hacia el norte. Observé los primeros indicios del día por el este. Creí estar en la Tierra. En Taguru también su estrella corría hacia el oeste.

Volé despacio y una hora más tarde sentí en mi mente un mensaje de Ialcar. Me deseaba suerte y confiaba volver a verme.

Luego sentí mis pensamientos solitarios, pero estaba lleno de admiración hacia aquella gente. Eran poderosos pese a su apariencia pacífica. Aunque no disponían de ingenios bélicos podían quedarse siempre en su mundo inalterable, evitando incluso la llegada de las poderosas naves de la galaxia. Si no querían ser visitados nunca lo serían.

Concentré mis ideas en Gadury. Aquel aventurero del espacio había hallado Taguru, o Jega, como lo había bautizado, y dentro de la Ciudad un motivo para llevar a cabo ciertos planes.

Las sospechas de cierta parte del consejo de administración de la compañía eran fundadas. Si al principio dudé de Sandra ahora, con mi acción, esperaba reivindicarme ante ella. Si la hubiera creído en el momento apropiado hubiéramos podido evitar que Jerome Gadury regresase a Deneb IV.

Sonreí al imaginarme la cara de sorpresa y rabia que pondría Sandra cuando Ialcar le dijese que yo me había largado a la Ciudad. Confiaba que cuando se calmase, llegaría a comprender que era lo mejor.

Su presencia hubiera puesto las cosas más difíciles aún. Para Gadury ella era, sin ninguna duda, una enviada de Arthur Logan, mientras que yo podía presentarme a él y no recibir un tiro sin que antes me hiciera algunas preguntas.

Por supuesto, Gadury sabría que nos habíamos escapado de la *Medea* y también las muertes de Adriana Calicó y Dora Trevas. Dudaba que admitiera que yo había abandonado a Sandra y decidido unirme a él por dinero, por la simple razón que quería salvar el pellejo.

En mis sistemas de detección ya tenía localizada la concentración urbana. Los datos me mostraban que era enorme.

Hora y media más tarde descendí hasta los doscientos metros y ya había suficiente luz para arriesgarme a volar visualmente. La noche

en Taguru era corta en aquella época del año, lo que agradecí.

Busqué en el botiquín unos estimulantes que ingerí. En seguida el sueño y cansancio desaparecieron. Me sentí mucho mejor.

Elevé el aumento visual de la pantalla y observé las primeras líneas de la Ciudad. Volaba directamente hacia ella. Algunas cúpulas que remataban altísimos edificios brillaban bajo el sol.

Tenía que saber si. Jerome y Sidky aún permanecían en la Ciudad. Usé el localizador operacional de la falúa, un sistema para caso de emergencia que permitía conocer siempre la posición de las demás; siempre que estuviesen en un radio inferior a los trescientos kilómetros.

Observé el brillo del indicador. Al menos una falúa permanecía en la Ciudad. Calculé que estaría a unos doscientos kilómetros en el interior, según las coordenadas.

Viré a la izquierda, volando a unos doce kilómetros de las murallas, grises y opacas. Descubrí dos o tres entradas, según me aseguró Ialcar. Pero mi plan era otro. De un golpe hice que la falúa se adentrase en la urbe, rebasando las murallas.

Hubiera sido absurdo escalar el muro y recorrer a pie casi doscientos kilómetros en un medio totalmente desconocido para mí.

Lo que iba a hacer era más arriesgado, pero tenía sus ventajas.

Observé por la pantalla una ciudad gris y monótona, que tal vez hubiera sido bella en otro tiempos, pero grandes extensiones se veían desiertas, como si otrora hubiesen existido allí parque y jardines, ahora totalmente abandonados.

Las avenidas eran amplias y casi rectas, pero de vez en cuando describían suaves curvas que las hacían terminar en plazas.

Descubrí muchos puntitos sobre las calzadas. Earthos, me dije. No logré verlos mejor. Volaba para eso todavía muy alto y además la velocidad, aunque reducida, lo impedía.

Sudé al pensar que podía haber sido descubierto y que en cualquier momento un láser o misil podía dirigirse hacia mí.

Pero alcancé el punto donde estaba la falúa detectada. Era una plaza mayor que las demás, rodeada de edificios de graciosa estructura, entre los que destacaba uno enorme, de más de veinte pisos, rectangular y rematado por una cúpula gigantesca.

Apretando los labios hice descender la falúa, aterrizando sobre un suelo áspero e irregular a pocos metros del otro vehículo procedente de la *Medea*.

Resoplé cuando todo quedó quieto y silencioso dentro de la cabina.

Miré el rifle y decidí no llevarlo conmigo. Sería demasiado ostentoso. La pistola la oculté dentro de mi camisa. Entonces salté del asiento y abrí la escotilla.

Alrededor de la otra falúa no había nadie. La plaza parecía desierta, pero al mirar hacia abajo para descender, noté la presencia de un grupo, pegado a mi vehículo.

Los observé con una mezcla de temor y curiosidad.

Eran earthos, con aspecto humano tres de ellos. Los otros dos eran cosas extrañas. Uno tenía cuatro piernas y dos pequeñas manos que salían de unos brazos larguísimos, que casi se arrastraban por el suelo.

Sus rostros eran una mezcla de copia humana y escultura griega.

El que estaba más próximo se me acercó y dijo:

—Has llegado antes de lo previsto. Te esperan.

Su voz sonaba seca y ausente de cualquier entonación. De no estar tan tenso me habría asombrado que me hablase en mi idioma. No parecían hostiles y me serené un poco.

Los earthos parecieron impacientarse y el que llevaba la voz cantante dijo:

—Vamos; te esperan. Sígueme.

Le seguí y me quedé un poco más tranquilo cuando los otros se rezagaron. Las extrañas criaturas de cuatro piernas entraron en mi falúa, mientras que los de aspecto totalmente humano quedaban fuera.

El eartho caminó hacia el edificio grande. Yo aproveché la oportunidad para estudiarlo.

Su piel parecía natural, aunque un poco pálida. Usaba una especie de pequeño casco de plástico muy ajustado y por el momento no pude saber si también tenían cabellos. Se deshumanizaban al no parpadear nunca.

Al aproximarnos al edificio salieron de éste varios earthos. La mayoría tenían apariencia humana, pero los había muy extraños, configurados para realizar, al parecer, trabajos especiales. Algunos tenían varios brazos, otros manos con dedos muy largos y los menos, piernas tan largas que llegaban a alcanzar más de tres metros de altura.

Aquellos grupos pasaron por nuestro lado sin mirarnos, como si no existiéramos.

El interior del edificio me decepcionó. Vi algunas ruinas de antiquísimos muebles, cubiertos de polvo. Las sillas estaban tiradas y desmoronándose. Era evidente que los earthos no precisaban de los elementos humanos. ¿Para qué tenían que sentarse? Ellos no se cansaban nunca, mientras recibiesen el periódico suministro de energía que les entregaba el Gran Cerebro.

Había brigadas de earthos transportando sólidos cubos de metal. Los sacaban de montacargas y los llevaban a unas habitaciones cercanas a la salida.

El eartho que caminaba mostrándome el trayecto se detuvo delante de un ascensor, que en seguida noté que había sido recientemente restaurado. Con un ademán me indicó que entrase.

Yo esperaba que él me siguiese, pero la puerta se cerró y la cabina ascendió vertiginosamente.

Mi mano se dirigió hacia la pistola instintivamente. Calculé que iba a llevarme hasta la cúpula.

Cuando se detuvo y la puerta se deslizó hacia un lado, dudé en salir un segundo. Pero caminé y me vi en un espacioso corredor. Sólo había una dirección, y allí una gran puerta medio abierta.

Me dirigí hacia ella. Quien me estuviera esperando debería estar allí.

Atisbé el interior y vi una gran sala, llena de extraños aparatos, miles de cubos de metal, como los que transportaban en la planta baja los earthos; desparramados por todas partes y formando pilas enormes.

Algo había en el centro de lo que era la estancia bajo la cúpula que se alzaba sobre el edificio. No logré ver bien lo que era. Sólo sabía que era cilíndrico y brillaba. Pero estaba demasiado lejos y casi oculto por los montones, de cubos.

Una figura se dejó ver un momento entre unas máquinas. Sin detenerse, me dijo:

—Vamos, Paul. Ven aquí.

Era la voz de Sidky. Al parecer estaba esperando la llegada de Paul Pollard. También lo debió creer así el eartho que me recibió en la plaza cuando aterricé. Me mordí los labios. Era lo lógico. Si hubieran sabido desde el primer momento quién era yo posiblemente no habría llegado hasta allí. Pero dentro de la Ciudad estaban tan seguros, que no podían llegar a pensar que alguien no invitado entrase.

Avancé lentamente, echando un vistazo a aquellos cubos de unos sesenta centímetros cuadrados. Toqué uno y lo noté pesado. No podía moverlo. Debían pesar alrededor de los ochenta kilos.

Empero, había visto que los earthos los transportaban con facilidad.

Sidky se volvió en aquel momento y le vi palidecer al descubrir que no era Paul quien había entrado.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Le noté nervioso, mirándome con miedo incluso. ¿Tal vez porque no estaba armado en aquel momento?

—Lógicamente tenía que estar en Deneb IV, ¿no?

Retrocedió unos pasos, sin dejar de mirarme.

—¿Cómo me has encontrado?

—Uno de tus nuevos amigos me condujo hasta aquí, muy gentilmente por cierto.

—Esos estúpidos no son capaces de pensar por sí mismos —masculló Sidky.

El no dejaba de vigilarme y no estaba dispuesto yo a perderle de vista. Me suponía armado y yo no podía saber si había dejado su láser cerca y trataba de llegar hasta él.

—Este lugar es muy interesante, Sidky. Creo que he hecho bien viniendo hasta aquí y dejando en la selva a esa terca de Sandra.

—¿Qué quieres decir?

Me encogí de hombros.

—Lo que oyes. Me cansé de hacer el tonto. La escuché para saber por dónde iban las cosas y durante la noche llegué a la conclusión que quedándome con ella no iba a ganar nada. Supongo que si hay algún dinero está aquí, ¿no?

Sidky rió nerviosamente.

—Ya. Entiendo. Estás diciendo que te pones de nuestra parte.

—Sí, más o menos. Claro que es preciso saber algo más y cuánto dinero hay por medio. Pero me imagino que será mucho. Por cierto, los habitantes de este lugar son bastante raros.

—Son magníficos. Androides capaces de adoptar cualquier forma, de realizar toda clase de trabajo, sin importarles el medio ambiente. Pero será mejor que esperes a Jerome para contártelo todo.

—¿Dónde está el jefe?

—Ocupado. Hablando.

—¿Con el Gran Cerebro?

En seguida comprendí que aquel error mío podía ser fatal. Pero me alivió ver que Sidky ni siquiera se inmutó.

—Sí, eso es. ¿Qué ha sido de la chica?

—La dejé durmiendo. Cuando me contó que aquí existe una ciudad y que ella no quería acercarse me decidí a ofrecerme gustoso y...

—Mataste a Rose Trevas —silabeó Sidky—. Y también quisiste convertirte en un caballero andante saliendo en defensa de Sandra.

Sonreí ampliamente.

—Vamos, Sidky. En la *Medea* yo era un oficial, ¿no? No sabía nada de nada. Además, a Dora la mató la Calicó cuando ayudó a Sandra a escapar. Claro que yo estaba tan desconcertado que la seguí hasta el planeta. No comprendía nada allá arriba, con toda esa gente buscándonos. —Decidí hacer una demostración de mi sinceridad, pero necesité un gran esfuerzo para sacar mi láser y arrojárselo a Sidky, que lo tomó en el aire—. Esta arma es una prueba de que digo la verdad.

Sidky la empuñó sin dejarme de mirar, pero no me apuntó con ella.

—Creo que tienes suerte, muchacho —escuché una voz a mi

espalda.

Volví la cabeza y vi a Jerome, apuntándome. Detrás de él estaba Paul. A cierta distancia, un grupo de earthos.

Jugueteando con mi pistola, Sidky se acercó a mí. Al llegar a mi altura me dirigió una sonrisa.

—Sí, jefe. Cohén es un buen chico, y nos servirá ahora que estamos escasos de personal.

Yo empecé a corresponderle con otra sonrisa, cuando ésta se quebró en mis labios, al tiempo que el puño izquierdo de Sidky me propinó un tremendo golpe en la mandíbula.

Retrocedí más de un metro, pero evité caer. Me restregué el lugar castigado. Sidky soltó una carcajada.

—Aún recuerdo la paliza que me diste, maldito perro —dijo.

—Ya está bien. No quiero peleas ahora.

Sidky se volvió furiosamente hacia Jerome.

—Jefe, no creo que usted se fíe de él. Será mejor que le matemos ahora mismo.

Jerome se acarició los labios, pensativo.

—Lo que has dicho es verdad, Sidky; necesitamos personal. Mover las secciones es tarea difícil para la tripulación completa. Y para seis personas todavía más. Pero mantendremos con Cohén ciertas precauciones, de todas formas.

—Pero, jefe...

La protesta de Sidky fue acallada con un imperioso ademán de Jerome. Este me miró y dijo:

—Ven conmigo, Cohén. Quiero mostrarte algo.

Pasé junto a Sidky sin mirarle. Seguí a Jerome y no me volví cuando noté que detrás de mí caminaban cuatro o cinco earthos.

Nos dirigimos a la estructura cilíndrica y dorada del centro. Calculé que tendría unos treinta metros de diámetro, o tal vez más. Fruncí el ceño, cuando vi que Jerome se dirigía resueltamente hacia la pared. Entró a través de lo que creí metal. Cuando me detuve, vacilante, surgió una mano que me hizo señas para que yo siguiera adelante.

Creo que cerré un poco los ojos cuando avancé hacia la curvada estructura. Sentí un cosquilleo, una sensación electrizante y me hallé en una sala, totalmente desnuda. En su centro había un pilar sosteniendo una esfera del tamaño de una pelota de fútbol. Irradiaba una luz cambiante y me pareció que también, calor.

Los earthos se habían quedado al otro lado. Jerome resplandecía de orgullo al indicarme la esfera sobre el pilar. Entonces comprobé que flotaba sobre él, separada por unos centímetros. Y por un momento me pareció que se agitaba, como si estuviese viva.

—Es el Gran Cerebro, Cohén —explicó Jerome.

Me sentí un poco defraudado. Me lo había imaginado de dimensiones enormes. Como volví a mirar hacia atrás, extrañado por la ausencia de los androides, Jerome me aclaró:

—Ellos no pueden entrar aquí. Su amo, el Gran Cerebro, lo tiene terminantemente prohibido.

Entonces descubrí algo situado a un lado. Eran las misteriosas cajas embarcadas en Aderlah. Estaban abiertas y vacías.

Jerome sabía lo que yo estaba mirando.

—Sí, es lo que despertó la curiosidad de Sandra Nelson. Embarqué en Aderlah algunos kilos de indirita.

Sentí la garganta seca. Indirita era el mineral recientemente descubierto en unos asteroides en Capella, poseía el más elevado índice energético y unos gramos de él valían muchos millones. ¡Y Jerome había transportado al menos diez kilos!

—¿Dónde está ahora?

Me señaló de nuevo la esfera.

—Ahí dentro. El Gran Cerebro lo estaba necesitando. Cuando hace un año llegué a esta ciudad y hablé con él me confió que sus reservas estaban al límite, que apenas transcurriese un año quedaría inactivo y la Ciudad moriría y los salvajes del exterior se apoderarían de ella para desmantelarla.

—¿Por qué lo ha hecho?

Caminó unos pasos, riendo entre dientes. Se detuvo delante de mí. No le veía hora ningún arma y parecía sumamente confiado, como si estuviera seguro que yo no podría atacarle. No lo intenté. Podía tener una carta escondida y aquel juego era sólo una prueba para mí.

—Aún no puedes entender nada, Cohén —dijo Jerome—. He gastado casi toda mi fortuna en adquirir cuanta indirita pude. Durante un año rastreé la galaxia, buscándola. La necesitaba refinada al máximo. Es lo único que puede dar fuerza al Gran Cerebro para organizar el éxodo.

—¿Quiere decir la marcha de Deneb IV?

—Eso es. En este planeta están aprisionados en esta ciudad, rodeados de ignorantes, pero capaces de destruirlos con sus poderosas mentes si traspasan los muros. Ellos fueron concebidos para trabajar, crear una civilización poderosa que pueda desparramarse por todas las estrellas. Sus creadores no lo comprendieron así y lo rechazaron, pero no fueron capaces de aniquilarlos. Ahora los earthos ansían salir de aquí. Yo he pactado con el Gran Cerebro. Serán los nuevos servidores de los hombres. Con ellos bajo mi poder crearé un imperio.

Hubiera llamado loco en aquel momento a Jerome, pero tenía que seguir fingiendo, seguir manteniendo la escasa confianza que me tenía.

—Son unos proyectos muy difíciles de llevar a la práctica, señor.

—Bah. Tendré a mi disposición cientos de millones de seres incansables. Actualmente la mayoría están alojados en esas miles de cajas que habrás visto sacar de este edificio. Son los que, por falta de energía, el Gran Cerebro no puede mantener activados.

»Seremos prudentes, Cohén. Al principio sólo usaremos estos androides como obreros. Primero forjaremos un imperio económico. Nadie podrá hacernos la competencia. ¿Quién puede competir con trabajadores que pueden estar activos durante veinticuatro horas? Cuando los miles de millones de créditos afluyan a las arcas de mis compañías, más indirita conseguiré y el Gran Cerebro será más poderoso. Podrá activar más androides y mi poder se irá multiplicando.

Miré la esfera.

—Pero es... En fin. Dudo que pueda activar androides que se escapen de su radio de influencia...

—Todo está previsto. El Gran Cerebro puede desdoblarse en cientos o miles de partes. Siempre será el mismo: quien me obedezca. ¿No es cierto, Gran Cerebro?

Habíase dirigido a la bola rutilante y yo me estremecí cuando ésta dijo con resonante voz, como si procediese de todos los puntos de la estancia:

—Así es y será. Es preciso acelerar la partida. Presiento animosidad rodeando la Ciudad.

Jerome rió nerviosamente.

—Habla nuestro idioma porque yo le permití que lo aprendiese. Me está agradecido porque la raza que él ansia mantener viva no perecerá ahora. Vivirá siempre para servir al hombre, es decir, a mí.

—Los androides también parecen conocer nuestro idioma.

—Es natural. Ellos son extensiones del Gran Cerebro. Y los earthos me obedecen porque él así lo quiere. Aún no estoy seguro de su fidelidad, Cohén. Confío que siendo inteligente se dará cuenta que en mis proyectos hay mucho dinero a ganar. Tendré de sobra para repartir entre mis colaboradores. Pero el poder será todo para mí.

—Me sobra con el dinero, señor.

—Eso confío. Pero no olvide que está a prueba. Por cierto, ¿qué pasó con Sandra, la agente de ese cretino de sir Logan?

—La dejé abandonada en la llanura. Ella no quería venir aquí y yo no tenía la menor intención de quedarme en un ambiente hostil.

—Sólo conozco a los salvajes exteriores por las referencias del Gran Cerebro, pero apruebo su decisión. ¿Llegó a verlos, Cohén?

—No. Sólo vimos unos enormes animales, una mezcla entre hormigas y tortugas.

—Tengo entendido que esos estúpidos han establecido una especie de simbiosis con las formas de vida del planeta. ¡Están locos!

—Pero son poderosos.

Jerome me miró intranquilo.

—¿Cómo lo sabe?

—Es lógico de deducir, señor. Pese a sus medios rudimentarios, los poderes earthos no son capaces de acabar con ellos ni de salir de la Ciudad.

—Es cierto —respondió Jerome, comenzando a sonreír—. Ahora debemos concentrar todos nuestros esfuerzos en el trabajo.

—Trasladar a millones de earthos '1 carguero, ¿me equivoco?

—Claro que no. Pollard acaba de regresar y me asegura que todo está dispuesto. Desde el puente. Rose Pfau desmembrará la nave y las secciones irán descendiendo en las grandes plazas de la Ciudad. Hemos instalado un dúplex de control remoto y usted, Cohén, se encargará de enviar de nuevo las secciones al espacio para su posterior ensamblaje.

—Ese es mi trabajo más especializado, señor —afirmé.

Me dirigió una mirada irónica.

—Lo sé. ¿Por qué cree que está aún vivo?

CAPITULO VIII

El dúplex del control remoto, estaba en la falúa que Paul había traído. Era la mayor de las que estaban en los hangares del módulo Alfa y con ella podría recoger las grandes secciones del carguero que Rose Pfau iría enviando a la Ciudad. Roekel o Tarizzo hubieran podido hacer el trabajo, pero no con eficacia.

Me sabía vigilado casi constantemente por Sidky. Aquel perro no parecía muy conforme con mi incorporación a la pandilla, pero Sandra se había equivocado al pensar que él dominaba a Gadury. Sidky era un tipo de escasa inteligencia, aunque perspicaz.

v Por el contrario, Paul Pollard seguía siendo un enigma para mí. Mostraba una enorme superficialidad. Reía a veces como un niño por cualquier cosa, cantaba y seguía con su perfección física. Como piloto era una mediocridad y si no estrelló la falúa con los mandos duplicados; fue de pura suerte.

Cuando entré en la falúa para hacerme cargo de los mandos, Paul salía de ella. Me dijo:

—Todo está en orden, oficial Cohén —su voz sonó burlona, pero no maliciosa—. Celebro verle a nuestro lado. ¡Lástima de Sandra! Era una chica muy bonita. Espero que lo pase bien entre esos salvajes sucios que pululan alrededor de la Ciudad. ¿Sabe que vi a muchos grupos de ellos dirigiéndose hacia aquí?

Pensé que Pollard sólo conocía a los taguritas por referencias de Jerome, quien seguro que le pintó un cuadro estremecedor de los nativos, pintándolos casi como caníbales malolientes.

—Por cierto —añadió Paul antes de salir de la falúa—, a Rose Pfau no le ha sentado nada bien que usted esté aquí, metido en el grupo, y que haya dejado abandonada a Sandra en las llanuras.

—¿Por qué?

—Bueno, para Rose la culpable de la muerte de su íntima amiga Dora Trevas fue Sandra.

—¿Entonces?

—Rose creería en su sinceridad, Cohén, si usted la hubiera matado y hubiera traído la cabeza a la Ciudad. -

Salió soltando una risita que me revolvió el estómago. Resoplé y conecté el panel, duplicado exacto del que en aquellos momentos estaría manejando la Pfau a bordo de la *Medea.*

La primera sección se estaba acercando a la Ciudad. En cinco minutos la tendría bajo mi control y de mí dependería que bajase suavemente, como una pluma, o se estrellase.

Cinco minutos. Tenía cinco minutos para decidir. Si permitía que

Jerome Gadury siguiera con sus planes la galaxia iba a conocer años duros. Incluso podía causar una guerra cruel. La *Medea* tenía capacidad suficiente para alojar en sus inmensas bodegas los cientos de millones de earthos inanimados y encerrados en los cajones que se apilaban por millares alrededor de la gran plaza. Un ejército de androides seguía amontonando a sus compañeros sin vida, esperando estos últimos el momento en que el Gran Cerebro, que sería embarcado en el último instante les insuflase su vida inorgánica.

Calculé los daños que podría causar la sección, si cayese violentamente sobre el edificio que guardaba al Gran Cerebro. Yo estaba demasiado cerca y moriría al mismo tiempo. No tenía grandes deseos de sacrificarme mientras existiese otra alternativa, pero...

Lo peor es que no veía ninguna.

Podía esperar a que algunas secciones, cargadas de androides, fuesen elevadas a la órbita del módulo Alfa, ahora en solitario. Las secciones irían descendiendo a intervalos de dos horas cada una. Se había previsto que en menos de sesenta minutos serían llenadas. En menos de dos horas la operación estaría concluida.

El sistema de aviso sonó. Tenía que hacerme cargo de la primera sección. Diez minutos más tarde aterrizaba a un centenar de metros de la falúa. Abrí por control remoto las compuertas y en seguida un enjambre de androides, de formas extrañas pero eficaces para el transporte de los cubos de metal, se precipitaron hacia ellas. Era como un ejército de incansables hormigas. El poder que confiaba disfrutar Jerome Gadury.

Un rato más tarde recibí la visita de Jerome. Sólo estuvo un instante, bastante eufórico. Me dio una palmadita en la espalda y me aseguró que cuando estuviese cansado, Pollard me reemplazaría, pero sólo por poco tiempo.

—Sólo confío en usted para que el carguero regrese con todas sus unidades —añadió.

—¿Adonde iremos más tarde, señor?

—Ah, se lo diré cuando hayamos partido, amigo mío.

Al dejarme solo pensé que seguramente Jerome ya disponía de algún planeta desconocido desde donde forjar, en una base, los comienzos de su nuevo imperio.

Tenía unos minutos de tranquilidad hasta que el primer carguero estuviese repleto. Rose Pfau tardaría aún media hora en lanzarme la segunda sección.

Abrí el comunicador, quizá un poco mecánicamente. En realidad hasta más tarde no supe a qué se debió mi impulso, cuando la verdad era que no esperaba escuchar a nadie.

Pero luego mi mano movió el dial y elegí una banda determinada. Aunque el arco de imágenes no funcionó, hasta mí llegó una voz, que

pese a estar distorsionada y cargada de estática, reconocí como la de Sandra.

—...dicho que estarás escuchando, Ab. No lo sé, pero me asegura Ialcar que puedes escucharme. Ab, ¿me escuchas...?

—Sí, te escucho, aunque mal, Sandra. ¿Desde dónde diablos me llamas y con qué?

—¡Cariño, no sabes cuánto me alegra oírte! ¿Estás en nuestra falúa? Debía odiarte, por hacerme esto...

—Olvídalo y dime qué pasa.

—Ialcar está a mi lado. Hace unas horas pidió que trajesen un viejo aparato comunicador. He estado esperando hasta que él me dijo que tú estabas delante de otro comunicador. Ellos te han impulsado a elegir la banda correcta.

—¿Cómo es posible? —en seguida pensé que Ialcar, en unión de varios taguritas podían elevar su potencia mental hasta tal punto que dominasen mi voluntad. Pero de todas formas estaban demasiado lejos.

Sandra me explicó que, como calculé, algunas docenas de nativos ayudaron a Ialcar a localizarme dentro de la Ciudad y hacer que yo desease buscar el contacto. Dijo también que ya no estaban en la residencia de Ialcar, sino a pocos metros de las murallas.

-ˆ-¿Por qué estáis tan cerca? —pregunté extrañado.

—Los nativos empezaron a alarmarse el mismo día que tú te marchaste, cariño. Al parecer la potencia del Gran Cerebro aumentó considerablemente.

—Gadury le ha suministrado una cantidad considerable de energía.

—Los bultos que recogió en Aderlah...

—Acertaste. ¿Qué más saben los taguritas? Debían estar contentos porque todos los earthos se largarán de aquí, dejándoles vacía la última ciudad del planeta.

Y a continuación conté los proyectos de Gadury y la forma cómo me había introducido en su partida, aunque aún no confiaban en mí.

—Gadury está loco —estalló Sandra al conocer los datos de la emigración masiva de los androides.

—De eso estoy seguro, preciosa. Pero tal vez se me ocurra algo para impedir que el carguero se aleje demasiado, aunque estoy dispuesto a hacer un favor a nuestros amigos taguritas, al librarles de los earthos.

—No me entiendes, Ab —dijo Sandra y su voz sonó extraña, aunque lo achaqué a la deficiencia del viejísimo comunicador que ella usaba, una extraña reliquia conservada por algún caprichoso nativo —. El Gran Cerebro ha engañado a Gadury.

Eché un vistazo a la sección. Ya estaba casi cargada.

—Explícate, por favor. No tengo mucho tiempo para seguir manteniendo abierta la línea.

—Los nativos han captado la extraña alegría que experimenta el Gran Cerebro desde que Gadury le ha suministrado energía. Desde su primer encuentro con Jerome, hace un año, le ha estado engañando. Le ha hecho creer que sólo está capacitado para obedecer a los hombres y nunca podrá desacatar sus órdenes. Es precisamente lo contrario lo que piensa el Gran Cerebro. No se someterá a Gadury para ayudarle a adueñarse de la galaxia, sino que utilizará a Gadury para que ésta sea subyugada por una tiranía implantada por los androides.

Abrí la boca pesadamente ante la información. ¿Por qué no había pensado en aquella posibilidad antes, por mí mismo?

—Fuera de este planeta los androides pueden hacer lo que les venga en gana, libres del bloqueo que los nativos les tenían implantado —dije roncamente..

—Sí, eso es —dijo Sandra con ansiedad—, ¿Qué podemos hacer?

Apreté con fuerza los dientes. Yo sabía lo que podíamos hacer. Mejor dicho, lo que debía hacer yo solo. Pero no tenía la menor intención de decírselo a Sandra.

—No te preocupes, linda. Yo puedo arreglarlo desde aquí.

—Dime cómo y...

—Lo sabrás a su debido tiempo. Por favor, intenta comunicarte conmigo dentro de... veinte minutos. Eso es.

—Lo haré.

—Saludos a Ialcar.

—Están llegando taguritas de todas partes, Ab. Llegan en sus jerchus por cientos, por miles.

—¿Para qué? —pregunté mordaz—. ¿Tan ansiosos están de ver partir a sus viejos sirvientes, ahora convertidos en enemigos?

Tal vez no presenciasen tal cosa, pero sí, así lo esperaba yo, la aniquilación del Gran Cerebro. Todo lo que tenía que aguardar era la llegada de la segunda sección.

Me despedí de Sandra y retorné mi atención a la sección que ya estaba solitaria. Cerré las compuertas y puse en funcionamiento los impulsores. Pesadamente al principio, la masa de cien metros de eslora y treinta de ancho se elevó. Adquirió velocidad y la perdí de vista desde la pantalla. Luego seguí su rastro por los detectores y veinte minutos más tarde estaba en órbita, esperando la reunión con el grupo de diecinueve secciones y el módulo Alfa.

Tenía que hacerlo hasta el momento todo correctamente, para que Rose Pfau no sospechase nada y me enviase la segunda sección, de la cual ya tenía-decidido yo su destino.

Intenté relajarme en el sillón. Escuché un leve rumor a mi espalda

y pensé que sería Gadury que volvía a visitarme. O quizá fuese paúl. El último que deseaba que apareciese por allí era Sidky.

No era nadie de los que esperaba. Era un eartho, de aspecto totalmente humano. Su rostro pálido e infrahumano me miró.

—Olvide su gesto heroico, humano Cohén —me dijo fríamente.

Yo le escuché más gélidamente aún. Aquella voz gutural me había recordado a...

—Sí, Cohén. Soy el Gran Cerebro. Le hablo a través de este eartho. Puedo hacerlo por medio de los miles que ahora .están activados y...

Yo me moví velozmente, tomé una herramienta que desde hacía rato permanecía cerca de mí y la arrojé contra el rostro del androide.

Se desplomó pesadamente, con la cabeza destrozada. Un amasijo de plasticarne y células inorgánicas se desparramaron por el suelo.

Pero entró otro androide y la misma voz me dijo:

—No cometa más estupideces. Le he dejado aniquilar a mi sirviente, pero puedo predecir con cierta antelación sus intenciones. Déjeme hablar y aún tendrá una oportunidad.

—Lo ha escuchado todo —-rezongué.

—Sí. Cuando entró con el comandante Gadury en mi estancia, le escruté. Sabía que no estaba dispuesto a colaborar y desde entonces le he dedicado una de mis sondas espaciales.

—¿Para vigilarme?

—Eso es. Lamentablemente sólo puedo explorar superficialmente las mentes humanas, cuando éstas se hayan alteradas. Pero es bastante, como en este caso. He escuchado todo lo que ha hablado con esa mujer, Cohén. Lamento tener que prescindir de usted; pero no puedo tolerar que precipite sobre mi morada la siguiente sección del carguero.

—Es cierto lo que afirman los taguritas. Usted, lo que sea, pretende expandirse por la galaxia.

—Y dominar los suficientes mundos para ser los amos absolutos. Nos hemos estado ahogando durante mil años confinados en esta Ciudad construida para humanos, no para nosotros. Nuestros conocimientos son enormes, pero no podíamos construir naves estelares; porque los materiales con que están construidos los edificios no nos sirven. Y tampoco disponíamos de energía, muy escasa y dedicada únicamente a mantenerme en actividad. Sólo podíamos esperar.

—¿Por qué no toman el carguero y se largan al otro confín de la galaxia y nos dejan en paz? Hay sitio de sobra, incluso para una absurda civilización androide...

—No entiende nada, Cohén. Nosotros podemos reproducirnos y lo haremos cuando dispongamos de suministros adecuados. Lo obtendremos pronto en los mundos colonizados por la Tierra. Además

de procurarnos nuestra supervivencia tenemos un fin que alcanzar. ¿No lo adivina? La raza que nos creó y repudió después es la única que puede aniquilarnos porque sus neuronas están capacitadas para desactivar las mentes inorgánicas de mis androides. Y también a mí. Pero esta Ciudad posee las características adecuadas para impedirles actuar dentro de sus muros. Es la única defensa que pude crear cuando supe que pretendían destruir la última reliquia de su vieja civilización.

»Ha sido una convivencia tirante entre nosotros durante mucho tiempo, Cohén. Hemos sido muy dañados por nuestros odiados creadores. Sólo cuando acabemos con ellos seremos totalmente libres. Mientras los taguritas existan siempre cabe la posibilidad de que combatan contra nosotros.

Usaremos las fuerzas humanas para que ataquen este mundo, cuando dominemos la Tierra y sus mundos.

—Los hombres de Taguru impedirán la llegada de esas naves que ustedes enviarán a la fuerza...

—Pero éstas podrán atacar Taguru desde el espacio. Y aunque mueran millones de seres humanos no tendrá la menor importancia. Sé que dispondré de reservas enormes. Vamos, Cohén, estamos perdiendo el tiempo. Levántese y salga de ese sillón. Aléjese de los mandos.

Me arrepentí de haber arrojado la herramienta. En aquel momento la habría usado para hacer añicos el dúplex de control remoto.

Pero sólo tenía mis puños. Me incorporé muy despacio. El segundo androide no se inmutó cuando me acerqué a él. Entonces levanté la pierna derecha y nunca en mi vida propiné tal patada. Le hundí el estómago o lo que tuviese dentro.

Cuando estaba en el suelo le pateé, hasta convertirlo en algo irreconocible.

Me aparté jadeante y algo duro se hundió en mis costillas.

—Vamos, Cohén —me dijo la burlona voz de Sidky—. Cálmese.

Me empujó y yo me volví. El brillante agujero del láser se agitó delante de mis ojos.

—Lástima que sea tan inoportuno, Sidky.

—No lo crea. Gadury recibió un aviso del Gran Cerebro. Parece que le ha pillado tramando algo contra él.

—Ni un miserable como usted debe ignorar que esos androides no van a darle poder y riquezas, sino que los van a convertir en esclavos, al igual que a toda la humanidad.

Siguió sonriendo, lleno, de satisfacción porque debía estar imaginándose lo que iba a poder hacer conmigo cuando obtuviese el permiso de Gadury.

—Le mataría ahora mismo, Cohén: pero no me gusta irritar a

Gadury. Esperemos su regreso. ¿Qué pretendía hacer contra el Gran Cerebro para que haya dado muestras de tanta excitación llamando al jefe?

—Puedo decírselo porque ya no importa —me encogí de hombros—. Estaba dispuesto a lanzar la segunda .sección contra la cúpula.

--¡Está loco! Hubiera muerto también —entonces soltó una risa—. Tenemos un héroe, capaz de sacrificarse. Siempre pensé que no debíamos confiar en usted, Cohén.

—Me temo que los que no están cuerdos son ustedes —escupí—. Y usted debería hacer lo que me impidió, si tuviera un miligramo de seso. Se han creído que podrían utilizar a los androides para conquistar la galaxia, y la verdad es que el Gran Cerebro está engañándolos a todos. Sólo pretende salir de este planeta para convertir a la humanidad en un despojo.

Sidky me hizo volver y me ató las manos a la espalda con unos cables. Me empujó sobre un sillón y él se sentó delante de los mandos.

—Ahora déjeme tranquilo —dijo de malhumor—. Tengo que ocuparme de la segunda sección, que viene en camino.

Apreté los labios. No podía hacer nada. Y Sandra llamaría en cualquier momento.

CAPITULO IX

Jerome Gadury tardó en llegar a la falúa. Pasaron unas horas y mal que bien, Sidky pudo hacerse cargo de las operaciones de aterrizaje y despegue de las secciones. Yo había estado esperando que Sandra llamase en cualquier momento, pero al atisbar por encima de los hombros de Sidky y ver que el comunicador lo había dejado abierto, pensé que ella, después de contactar de nuevo conmigo, se había percatado de mi difícil situación, permaneciendo en silencio.

Seguramente, pensé, Sandra se limitó a escuchar el intercambio de Sidky con Rose Pfau y lo comprendió todo. Yo intenté mantener una conversación con Sidky, con la esperanza de que ella lo supiera todo, pero aquel tipo no estaba dispuesto a charlar mucho. Indudablemente, el trabajo que estaba haciendo no le complacía nada.

Quien llegó fue Tarizzo, enviado por Rose desde la *Medea* para suplir a Sidky. Este se marchó de la falúa, rezongando entre dientes y protestando porque Jerome no había acudido allí aún, para decidir lo que harían conmigo.

Yo estaba sediento y la ligaduras me dolían cada vez más. Presté atención y averigüé que Tarizzo dialogaba ahora con Roekel, que debió reemplazar a Rose en el puente de mando de la *Medea*.

Calculé que habían sido cargadas ya más de quince secciones. Las operaciones iban más rápidas de lo que me había imaginado. Terminarían de ensamblar el carguero antes de seis horas. Podía ver un poco de la pantalla que mostraba la gran plaza convertida en astropuerto. La actividad no había decrecido un instante y con la llegada de la noche trabajaban los earthos bajo la luz de potentes focos instalados en las alturas de los edificios circundantes.

Estaba despegando la sección número 18 cuando dije a Tarizzo:

—Escúchame. Tienes que saber lo que realmente está pasando. Sé que Jerome te ha comprado, pero ninguna fortuna es lo suficientemente grande para permitir que te conviertas en un esclavo.

Se volvió hacia mí y yo le conté precipitadamente lo que realmente pasaba. Tarizzo me miró con incredulidad.

—Lo siento, Cohén; no tengo nada contra ti y comprendo que estés desesperado. Mira, esto es un trabajo más, con la única diferencia que la paga se multiplicará por un millón. Lamento que hayas sido tan estúpido como para intrigar en contra del comandante Gadury.

—Tú no has visto nada, Tarizzo —jadeé, pensando que en cualquier momento podía presentarse Jerome o Sidky—. El poder de ese ente llamado Gran Cerebro es enorme. Dispondrá de sus millones

de androides para esclavizar a todos los mundos humanos de la galaxia. Los taguritas comprendieron que su dominio sobre éste se les escapaba y rechazaron a tiempo el uso de androides para su comodidad. Ellos...

—Demonios, Cohén. ¿Por qué no me dejas en paz? Está a punto de descender la penúltima sección y tengo que concentrarme...

—Abel tiene razón, maldito estúpido —dijo Sandra, entrando en la cabina.

Yo ahogué una exclamación mezcla de sorpresa y alegría. Ella amartillaba el láser que le dejé, que dirigía resueltamente contra el pecho de Tarizzo.

—Desata a Abel —le ordenó.

Cuando estuve libre reprimí mis deseos de abrazarla. No era el momento para interponerme entre el láser y Tarizzo, a quien até con los mismos cables.

Miré al hombre.

—Siento no poder confiar en ti, Tarizzo. Me hubiera gustado tener ayuda —me volví hacia Sandra—. ¿Cómo has conseguido llegar hasta aquí?

—Salté el muro, desesperada cuando comprendí por medio del comunicador que habías sido descubierto.

—Has tardado poco tiempo...

—Los androides se transportan por la Ciudad por medio de cintas rodantes subterráneas, él viejo sistema usado por los nativos cuando vivieron aquí. Además, no me encontré con ningún eartho. Al parecer todos están en la plaza, trabajando como demonios. Pasé entre ellos y ninguno me detuvo. Están demasiado ocupados.

En aquel momento el penúltimo bloque de la *Medea* se posaba suavemente. Vi que por las abiertas compuertas entraban ahora batallones de earthos. Habían dejado de cargar cubos de metal con sus compañeros inanimados. La operación estaba concluyendo.

—Tenemos que impedir que entre alguien —dije.

—No te preocupes —replicó Sandra—. Aseguré la entrada. Tendrían que destrozar esta falúa.

Pensé que ellos, nuestros enemigos, podían hacerlo. Muy despacio me senté delante de los mandos, los indicadores me advirtieron que la última sección estaba bajando sobre el planeta. Cuando la sección 19 estuvo completa y aún quedaban algunos miles de androides esperando la última, ya tenía decidido lo que tenía que hacer.

Realicé correctamente las maniobras de partida. La sección saltó de la plaza y la conduje hasta el punto donde Roekel, desde la *Medea,* podía hacerse cargo de ella para ensamblarla. Lo que yo necesitaba era la sección 20. Estaba dispuesto a utilizarla como proyectil.

Pero mi acción ya no iba a suponer un suicidio. Con Sandra en la

falúa, ella podía pilotar el pequeño vehículo y alejarnos de la Ciudad cuando la sección 20 la dirigiese yo contra la cúpula, donde yacía el Gran Cerebro.

Confiaba que Gadury y Sidky estuvieran allí aún en el momento de la explosión.

Le dije a Sandra lo que pensaba hacer y ella ocupó el sillón adjunto al mío, disponiendo la falúa para que saltase al aire tan pronto yo se lo indicase. Por un instante me miró fijamente, y dijo:

—Este plan no es nuevo, cariño. ¿Es que pensabas llevarlo adelante tú solo?

Asentí.

—Estabas dispuesto a morir. ¡Vaya héroe que he frustrado con mi presencia! En la galaxia no cantarán ya tu odisea.

Reí.

—Lo prefiero así. No me hacía ninguna gracia morir en el holocausto final. ¿Qué están haciendo nuestros amigos taguritas?

Ella hizo un gesto ambiguo.

—Me condujeron hasta cerca de los muros de la Ciudad. Llegaban, como te dije, de todas partes, montados en los jerchus y otras bestias extrañas. Hombres, mujeres y ancianos. Están concentrándose alrededor de la urbe desde hace dos días.

—¿Con qué propósito?

—No lo sé. Toda la población tagurita sabe ya lo que está pasando. Ialcar no parecía dispuesto a hablar, pero sólo pueden existir dos explicaciones. Ellos están ansiosos de ver partir el último eartho y el Gran Cerebro para poder penetrar en la urbe que durante un milenio les ha estado prohibida.

—¿Cuál es la otra explicación? —pregunté sin dejar estar vigilando para recoger la llegada de la última sección.

Ella gruñó cuando respondió:

—Ta! vez estén tramando algo, pero lo dudo mucho. Parecían muy contentos ante la inminente partida de sus enemigos.

—Pues si tenemos suerte verán unos preciosos fuegos artificiales. Confío que la explosión sea lo suficientemente grande para que sea observada a más de cien kilómetros. Sin el Gran Cerebro, los millones de earthos vivos y en conserva no servirán para nada. Rose Pfau y Roekel tendrán que arrojarlos al espacio..

Tarizzo dijo:

—Llama a Roekel, Cohén.

—¿Para qué?

—Cuando salgamos de aquí, él debe recibirnos en el módulo Alfa. Podemos dejar en órbita las secciones y regresar a la Tierra.

—Allí tendréis que responder de muchas acusaciones —dijo Sandra.

—No importa. Lo que deseo es salir con vida ahora y alejarme de este maldito planeta.

—Eso lo discutiremos más tarde. Y te advierto que este planeta no tiene nada de maldito. Nosotros, con nuestra presencia tal vez lo hubiéramos convertido en algo tenebroso.

—¡Ab, mira la pantalla!

Al grito de Sandra la miré. Los androides que quedaban, tal vez un par de millares, se alejaban del punto donde habían estado concentrados esperando el arribo de la última sección.

¿Qué estaba pasando? Los earthos parecían haber recibido la orden de marcharse. Como si en la cola de un autobús los pacientes pasajeros supieran que de pronto que la línea había quedado clausurada.

Moví los mandos, pretendiendo captar la presencia de la última sección. No percibí nada. Y ya había pasado el tiempo más que suficiente para que la tuviese bajo mi control. Empecé a sudar.

La posición de nuestra falúa me impedía ver a través de la pantalla visora el gran edificio con la cúpula, morada del Gran Cerebro.

Fue un presentimiento repentino. Salté del sillón y tomé el láser que había quitado a Tarizzo. Cogí a Sandra de una mano y la saqué de la cabina, llevándola hasta la salida. Escuché la voz asustada de Tarizzo rogando que no le dejásemos allí.

—¿Qué sucede? —preguntó Sandra cuando yo estaba abriendo la compuerta.

—Esos malditos se han dado cuenta que nos hemos apoderado de la falúa. Sidky o Jerome, además del Gran Cerebro, sabían lo que me propuse hacer cuando aterrizó la segunda sección. Cuando comprendieron que temíamos en nuestro poder la falúa han optado por prescindir de embarcar el resto de androides y ordenaron el regreso de la última sección. Partirán dejando aquí un montón de earthos, pero será igual porque disponen de millones.

Abrí la compuerta y lo primero que miré fue hacia donde estaban posadas tres falúas. Una de ellas era la que habíamos tomado en la *Medea* Sandra y yo. La más cercana a la construcción de la cúpula estaba muy iluminada y algunas personas se veían rondándola.

Salté y corrí sobre las viejas piedras de la plaza. Había grupos de androides cerca, deambulando de forma estúpida.

Del edificio salió una pequeña plataforma que flotaba a medio metro del suelo. Sidky parecía empujarla.

Entonces escuché un grito. Sandra había tropezado con algo y estaba tumbada sobre un cuerpo inmóvil.

A regañadientes me detuve y la ayudé. Pero observé el cuerpo, que en aquel momento se agitó convulsivamente.

—Paul —susurré al reconocerle. Me fijé en un gran boquete en el

pecho. Le habían disparado y el láser le atravesó.

—Quise... quise ayudaros, cuando supe que ellos sabían que estabais ahí dentro y dispuestos a impedir esta locura... Pero... Se dieron cuenta y me dispararon cuando corría a advertiros que piensan escapar.

—No hables y descansa —le animó Sandra—. Volveremos a ayudarte.

—Será imposible —Paul hizo una mueca de dolor—. Yo no estaba de parte de Gadury, ¿sabéis? Pero tenía miedo. Siempre he tenido miedo. De todas formas creo que evité que entraran en vuestra falúa. No saben que estoy tocado de muerte...

Tosió y escupió sangre. Hizo un esfuerzo y añadió, cada vez más penosamente.

—Van a huir. Eso que sacan es el Gran Cerebro. ¡Tenéis que impedirlo! O la humanidad estará perdida. Ellos... no lo comprenden porque están locos. Olvidaos de mí. Estoy listo y...

Su cabeza se dobló y le dejé en el suelo con suavidad.

Rechinando los dientes, me incorporé. Apreté con fuer/a la pistola.

Dirigí una 'mirada de aliento a Sandra. No podía decirle que me dejase a mí, porque era consciente que iba a necesitar su ayuda.

Cuando nos dirigimos hacia la falúa que Gadury pensaba utilizar para regresar a la *Medea* fuimos descubiertos, cuando aún estábamos a unos cien metros.

Alguien, tal vez Sidky, disparó el primero, pero con tan mala puntería que destrozó a dos androides parados a unos diez metros de nosotros. Se derrumbaron y los que estaban junto a ellos los miraron imperturbables, como si no les importara lo que pasaba.

Gadury saltó al interior de la falúa y tiró de la plataforma con el Gran Cerebro. Sidky terminó de empujarla y luego se revolvió para detener nuestra carrera.

Pero no le dejamos disparar. Tuvo que arrojarse al suelo mientras nuestros haces mortales silbaron por encima de su cabeza. Mientras la compuerta no se cerrase la falúa no podría despegar.

Entonces ocurrió lo que estaba temiendo. El Gran Cerebro sabía que su supervivencia peligraba, que tenía que contenernos para que Gadury le llevase a la seguridad del carguero.

Los androides desmadejados y ausentes que llenaban la plaza recobraron actividad. Parecían buscarnos, caminaban de una zona iluminada a otra sumida en la total oscuridad.

Alerté a Sandra y tuvimos que ocuparnos de atajar el avance de un grupo que nos había localizado. Eran estúpidas criaturas, tal vez debido a que el Gran Cerebro estaba demasiado alterado por los acontecimientos y su obsesión era marcharse cuanto antes.

Destrozamos docenas de androides. Eran presa fácil mientras no se echasen sobre nosotros varios grupos a la vez… y nuestras armas dispusiesen de energía.

No podíamos acercarnos a la falúa porque muchos earthos se interpusieron. Sidky trató de alcanzar la compuerta, bajo cuyo dintel apareció Gadury para cerrarla.

Sidky corrió más aprisa, pero varias manos enormes le aferraron. Los earthos no distinguían ya quiénes eran los enemigos de su Cerebro dominante. Para las criaturas artificiales, Sidky, por el simple hecho de ser humano, era un enemigo.

El hombre gritó y disparó varias veces, pero acudían más earthos. Perdió su pistola y un aullido nos indicó que el despedazamiento de los earthos había puesto fin a la vida de Sidky.

Escuché con rabia el chasquido de la compuerta al cerrarse. Dejé de mirar la falúa. Los androides nos cercaban y Sandra y yo apenas nos bastábamos para mantenerlos a raya.

La falúa despegó calcinando a docenas de earthos que se encontraban cerca de sus toberas. Rugió y se elevó hacia las nubes.

Entonces todos los earthos se detuvieron. Formaban un denso círculo que nos miraban. Abrieron sus bocas y cientos de voces rugieron al mismo tiempo:

—He vencido, Cohén. La galaxia me espera. Yo vivo eternamente y algún día volveré para vengarme de los taguris. Confío que tú aún vivas y…

Las voces fueron perdiendo potencia, se cerraron las bocas y lentamente los multiformes cuerpos fueron perdiendo fuerza y se desplomaron, formando ingentes montones de plasticarne.

Aunque el Gran Cerebro tenía poder para seguir dirigiendo a sus secuaces, había optado por abandonar su influencia.

Debía estar demasiado eufórico para pensar en otra cosa.

Súbitamente noté un terrible cansancio. Todo había sido inútil.

Sandra me agarró del brazo. Me condujo hacia la falúa donde estaba Tarizzo.

—Volvamos con los taguris.

Asentí. Sabía que era inútil volar detrás de Gadury y el Gran Cerebro. Las falúas no estaban armadas. La otra llegaría antes que nosotros al carguero, las compuertas del hangar se cerrarían delante de nuestras narices y nada ni nadie, a no ser un crucero armado, podría impedir que la *Medea* despegase de la órbita alrededor de Deneb IV y se dirigiese hacia la Tierra o Dios sabe adónde.

Ni siquiera miré a Tarizzo cuando entramos en la cabina y nos sentamos delante de los mandos. Sandra me consultó en silencio y yo le agradecí que ella la pilotase. Sería un viaje corto, de apenas cien kilómetros, lo justo para rebasar los muros y reunimos con nuestros

amigos.

Ellos estarían contentos.

Pero ¿sabían que el Gran Cerebro tenía proyectado volver algún día a Deneb IV para cumplir su venganza?

CAPITULO X

—¿Puedes seguir el rastro del carguero a través de estos instrumentos?

—Al menos hasta que entre en el hiperespacio —respondí, confuso, a la pregunta de Ialcar.

—Será suficiente. Por favor, Abel, quiero que sigas la trayectoria del carguero.

Ceñudo, hice lo que me pedía. En la cabina de la falúa estábamos Ialcar, Sandra y Tarizzo —ahora totalmente libre por pura lógica—. Además estaban varios nativos que yo apenas conocía, pero que Sandra sí saludó al verlos, cuando nos esperaron en la llanura, casi al pie de los silenciosos muros de la Ciudad.

Sandra se inclinó sobre mí, cuando sobre la esfera del detector primero y luego la silueta ampliada en el seguidor automático, nos mostró la deriva de la *Medea.*

—¿Qué hacen esos idiotas? —exclamé—. ¡Se dirigen hacia la estrella Deneb!

Me volví y vi que Ialcar sonreía. También los otros nativos se mostraban alegres.

—Así es, amigo —dijo Ialcar.

—Vosotros lo habéis hecho...

—Sí.

—¿Cómo?

—Informé a mi pueblo. Teníamos que decidir si interveníamos o no.

—¿Es que podíais hacerlo desde el primer momento?

—No es eso. Reunir a mi pueblo, o buena parte de él, alrededor de la Ciudad era un riesgo. Teníamos que estar todos de acuerdo.

—¿Qué fue lo que os hizo decidir?

—Quizá cuando el poder del Gran Cerebro se hizo tan grande que incluso pudimos captar sus proyectos.

Sentí un amargo sabor de boca.

Pero Ialcar parecía haber adivinado mis pensamientos.

—No te sientas lastimado. De todas formas comprendimos que no era justo que esas máquinas infernales se marchasen para hacer daño a otros seres. Aunque nosotros queremos estar aislados os consideramos semejantes nuestros.

Volví a prestar atención a la trayectoria del carguero. Me alegré de lo que iba a suceder, pero lamenté que Roekel estuviese dentro. Al fin y al cabo era un engañado. Pero no había otra solución.

—Irán directamente al sol. Podemos controlar esos millones de

toneladas, pese a los esfuerzos que estarán haciendo en el puente de mando —dijo Ialcar.

Me imaginé la desesperación existente a bordo, los rugidos de Gadury y los vendavales mentales de impotencia del Gran Cerebro. Luego, en las bodegas de las 19 secciones, los millones de androides permanecerían insensibles.

—Salgamos —dijo Ialcar—. Ya nada ni nadie podrán evitar que esa nave se precipite en la estrella dentro de unas horas.

En el exterior estaba empezando un nuevo día. Por los prados había millares de familias taguritas, mezclados con jerchus y otros animales domésticos. Parecía un día de campo.

La alegría se notaba, casi podía cogerse con la mano, tan denso y lleno estaba el ambiente.

Tarizzo me dijo, un poco perturbado:

—Vamos a tener que permanecer una buena temporada en este planeta, Cohén. Supongo que si algún día regresamos < a la Tierra considerarás el tiempo que estaremos aquí como... En fin, quiero decir que podrías olvidar mi intervención en este asunto.

Parpadeé. No había pensado que estábamos aislados. Nadie sabía en la galaxia el lugar adonde se había dirigido el carguero.

—Claro, por supuesto —asentí. Tomé del brazo a Sandra y me alejé de la multitud.

—Te veo algo preocupado —rió ella.

—Demonios, no es para menos. El comunicador de las falúas no tiene potencia para cubrir 1.400 años luz. Tendremos que estar aquí hasta que alguna nave de la Tierra se decida ir hasta Alfa del Cisne y...

—¿Y. qué? Este es un hermoso planeta, lleno de gente agradable. Desgraciadamente no estaremos mucho tiempo. Calculo que apenas un año o dos.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque a medio camino aproveché para enviar un mensaje a Sir Logan, dándole nuestra situación entonces. Cuando no tengan noticias enviarán naves exploradoras y alguna nos localizará, tarde o temprano. Al menos descubrirán este planeta y descenderán para investigar...

—Con el permiso de los taguritas, claro.

—Oh, ellos no impedirán que de vez en cuando les visiten.

La miré divertido.

—¿Y qué pasará entonces?

Me echó las manos al cuello y se encogió de hombros.

—Nada. Si nos cansamos de estar aquí regresaremos. Si no...

—Sigue —la apremié apretando su cintura contra la mía.

—Si no nos apetece volver pediremos permiso a Ialcar y sus

amigos para quedarnos para siempre.

Miré el entorno con complacencia antes de besarla.

Efectivamente, íbamos a disponer de tiempo, pero sería uno o dos años muy agradables. ¡Incluso podría aprender a montar en un jerchu!

FIN